

WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



**La Chaposa
y otros cuentos**

Wilson Izquierdo González

“La Chaposa”
... y otros cuentos



Lluvia Editores

Cajamarca, Perú.

© ***La Chuposa... y otros cuentos.***

© Autor: Wilson Izquierdo González

Cajamarca, 2022

Email: wilizquierdogon@gmail.com



© Lluvia Editores, 2016

Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501

Email: lluviaeditores@gmail.com

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2022-.....

DEDICATORIA

Dedico esta obra a mi padre:

Hildebrando Izquierdo Ríos

A mi tío:

Francisco Izquierdo Ríos

A mis hermanos:

Pedro Izquierdo Vásquez,

Hildebrando Izquierdo Vásquez

Orlando Izquierdo Vásquez.

Ana Isabel Izquierdo Vásquez

Todos ellos, a la diestra de Dios.

El autor.

SUMARIO

01. Prólogo del autor	009
02. Kochoronius	011
03. 70 veces 3	033
04. La autenticidad no se falsifica	045
05. Yo quiero de esas carnes negras	047
06. Ya no le digan manzana, a la manzana	051
07. Un pollito inolvidable	053
08. La suerte es la suerte	057
09. Llegaron los mormones	061
10. El dulce sabor del despecho	063
11. Sabiduría abueluna	064
12. A mamaroa no se pega	065
13. Una burra pa'l molino	073
14. Cada una en su tipo	081
15. Palomita madrugadora	087
16. Pa'nais	093
17. La chaposa	101
18. El sanador	121
19. Ayau pue	125
20. Cualquiera	127
21. Despídalos a todos	131
22. De Cantange a Longotea	133

PROLOGO DEL AUTOR

“*La chaposa*” es un libro de cuentos muy singular. Tiene relatos y narrativa para todos los gustos. Desde unos que son muy pequeñitos, hasta otros que, casi, hubieran podido convertirse fácilmente en novelas cortas. El cuento que da nombre al libro hace referencia a una aventura amorosa muy excepcional y suigéneris, de una educadora familiar costeña que llega a una zonal de educación de la sierra norte, en donde, sin proponerse, termina perdidamente enamorada de su jefe, un hombre de por lo menos sesenta y cinco años de edad; pero, sin mucho recorrido ni menos variada experiencia, en las lides algo intrincadas del amor.

“*La chaposa*” es una mujer joven, soltera, algo rellenita sin llegar a ser gorda, ni muy alta ni muy baja de estatura, con el pelo rojo simulando un origen irlandés que no tenía, porque era chorrillana de pura cepa, de nobles sentimientos para sus compañeros de trabajo y de hablar sencillo y dulce. El apodo se lo ganó a pulso, pues, si bien en la sierra las chicas tienen las mejillas sonrosadas por el frío, ella, al parecer se los pintaba con el mismo rojo carmesí de su labial, o eso fue en lo que concluyeron los otros especialistas de educación con los que le tocó trabajar, cuando se vino reasignada por necesidad del servicio de la zona de Chimbote.

El libro, además, reúne una serie de historias repletas de ironía acerca de las relaciones familiares y

amicales. “*Kochoronius*”, por ejemplo, es un relato dulzón y muy familiar, alude a cómo nace un niño que no debió nacer jamás de ese modo, y después, a la forma mágica de cómo un curandero piurano de los “*buenazos*” lo cura de sus tormentosos rezagos de nacimiento. En “*70 veces 3*” el autor se burla de una inflación galopante producida por la inexperiencia de un presidente, llegando a hacer mofa hasta del mismo diablo.

Son en total 21 relatos los que conforman este manajo de anécdotas, cuentos cortos, medianos y largos, además de narraciones inverosímiles fácilmente creíbles, justo por la forma mágica en las que son contadas. Gabriel García Márquez, el premio nobel colombiano, nos dice “*que nuestra vida es sólo aquello que uno recuerda, para contarlo*”. Entonces “*el cómo uno lo cuenta, es importante*”, sobre todo si contando esas historias se arranca por allí una sonrisa, o un entrecejo fruncido por creerse aludido en ese mundo de ficción que este libro de “*La Chaposa*”.

Tengo la certeza que alguna de las historias que en este libro se narran, le va causar hilaridad si es que no, una buena carcajada. Y eso es lo que se pretende. Hacer de la lectura algo divertido para, tal vez de ese modo, los niños y la gente, vuelvan otra vez a leer libros, y no los adefesios con sin ortografía y lleno de abreviaturas y emoticones que puede encontrarse en los celulares. Así, que a divertirse amigos con “*La Chaposa*”.

El autor.

KOCHORONIUS

— ¡Es un varoncito! ¡Es un varoncito! —chilló el gineco-obstetra aquel—.

— ¡Sí, es un varoncito! —aseveró la abuelita materna al tiempo de recibirlo y cubrirlo con unos pañales blancos, para terminar de asearlo—. ¡Es bien grande y está gordito y saludable! —agregó como arroparlo para la limpia—.

Su pobre madre, de apenas un metro cincuenta y tres centímetros de estatura, estuvo con dolores de parto dos días seguidos de veinticuatro horas completas. Al bendito gineco-obstetra que lo atendía, graduado en la Argentina, no se le ocurrió ni de bromas llevar a la parturienta al hospital para allí practicarle una cesárea de emergencia que, es lo que la gestante estaba necesitando a gritos.

Se pasó todo ese larguísimo tiempo, ensayando una serie de malabares y procedimientos propios de un parto natural a la empírica; y, casi al término de cuarenta y ocho horas de sufrimiento de la parturienta, el niño por fin llegó a este mundo, más por la gracia de Dios que por

alguna habilidad o pericia médica para hacer estos trabajos de parte del obstetra que, finalmente, alcanzó este logro inusitado para él, cuando con un horrendo fórceps logró atenazar la cabecita del niño, para después, literalmente, jalarlo hacia afuera, como si se tratara sólo de un pedazo de carne.

El pobrecito bebé llegó a este mundo con la cabeza tan alargada que más parecía el fruto de uno de los tantos árboles de “*tutumo*” que su bisabuela Isolina tenía en *La Ochora*, allá en la lejana selva. Tan maltratado llegaría a este mundo este bebé, que se quejó sin descanso y sin querer lactar, casi dos días enteros con sus noches. Los que lo vimos en ese lastimero estado, teníamos casi la seguridad de que no iba a vivir ni de raspadillas.

Pero... ¡vivió! Y, como fue enorme desde el momento mismo en que nació, siguió siendo grande todo el resto de su existencia. Lo asombroso es asumir como cierto el hecho increíble y hasta imposible, de haber podido germinar hasta hacerse tan grande, en el vientre de una mujer de apenas un metro con cincuenta y tres centímetros de estatura y una envergadura de mujer pequeña y de caderas estrechas.

— Vaya pues —dijo su tía Lela—, si su madre hubiera sido de armazón ancho, habría resultado natural que naciera con más de cuatro kilos de peso y cerca de cincuenta centímetros de estatura. Pero, el caso es que su madre era de armazón muy pequeña, caderas estrechas y de una contextura delgada, tirando para flaca.

Pero; si existe algo más asombroso que eso todavía, es la circunstancia de que Alex —ese nombre le puso su padre sin consultar a nadie, al tiempo de registrarlo en las oficinas de Registro Civil de la Municipalidad local— nació a los once meses y nueve días de gestación, casi... casi... como un elefante. Lo que es mentira, por cierto, como que es obvia la trasmutación de las situaciones producto del ingenio de su tío Alfredo, que ya por esa época tenía en mente los *cuchocientos* cuentos que hasta la fecha tiene publicados. El tío aquel le dijo a su hermana Dora, la madre de Alex:

— Ay hermanita, cómo no ibas a padecer en dar a luz a este niño, si lo has tenido en tu vientre como inquilino precario por once meses y nueve días, nada más ni nada menos.

— Sólo tú, hermano, gracias a esa enorme cabezota que tienes, eres capaz de construir tremendas mentiras que los demás llegan a asumir como verdaderas porque no te conocen. Mi hijo ha nacido... ¡óyelo bien!, de nueve meses once días y no al revés como graciosa, pero más que todo, fantasiosamente, tú lo dices.

— Tanta... no es la diferencia, sino que, como tú casi te mueres en ese percance, para lo que te acordarás...

— De eso me acuerdo muy bien. Fueron nueve meses once días, no cómo tú lo aseveras. Claro que perdí el conocimiento cuando por fin nació mi Alexito. Pero fue por el fórceps que me aplicaron. A ver... a ti te quisiera ver en ese trance, seguro que te mueres. Los

hombres son todos unos mariconazos para soportar el dolor. Si tendrían que dar a luz, nunca lo harían de puro quejumbrosos.

— Bueno hermanita, que sea como tú quieres. Pero; lo cierto es que, se pasó once días de la fecha en que le tocó nacer, casi medio mes. ¿Eso te parece poco o acaso eso te parece normal?

— Ni es poco ni es normal, ya lo sé. Pero así ocurrió y... ¡punto!

Y, con ese “punto” dio por concluida la conversación aquella, que más que fastidiarla por las bromas de las que la hacía objeto su hermano, no le gustaba recordar por lo penoso que fue para ella ese alumbramiento. Su médico de aquella ocasión casi la dejó morir, sólo por no atreverse a reconocer que no había aprendido bien a hacer una cesárea.

La cabecita de “*tutumo*” del niño nacido se hizo casi normal recién a los dos meses, por lo menos; pero, seguramente que le seguiría doliendo, porque no se cansó de quejarse mientras dormía, no menos de tres meses. Tanta presión operaría el médico con el aparato ese del fórceps, que el niño tenía algunas reacciones que su abuela Ida Isabel encontró que no eran ni normales ni mucho menos adecuadas para un niño de su edad. Entraba en trances de ira sin que hubiera mucha razón para eso y en algunos casos agredía a los que estaban a su lado, especialmente a su hermanito menor, o rompía las cosas sin razón aparente.

Una de esas veces en que estuvo de visita en la casa don Santiaguito, su abuela Ida aprovechó para pedirle que le hiciera una limpia. Este hombrecito curaba de males de ojo, de mal aire, de susto, de *shucaque* y de otras patologías raras consideradas que no eran de Dios sino del enemigo, y lo hacía con mucho cariño y devoción cuando quien le pidiera fuera justamente la abuelita del niño, por quien sentía gran admiración y mucha gratitud, pues ella acostumbraba invitarle a tomar unas humeantes y “*fraganciosas tazas de café pasadito*” que, según él, eran dignas sólo de los dioses. Sin embargo, esta vez, sin eludir el compromiso le ofreció hacerlo en una fecha que justamente él le indicaría:

— En luna verde no es bueno hacer estas curaciones, señora Idita. Además, al parecer, la competencia no ha querido que nazca este niño y, si no me equivoco, la movida fue para que, en el parto, murieran el niño y su madre.

— De qué competencia me está hablando, oiga usted don *Shanticito* —sólo atinó a preguntar anonadada y la mente casi en blanco la abuelita del niño, ante aquella pasmosa declaración del sanador de males de ojos—.

— El esposo de su hijita y padre de esta criaturita, como usted bien sabe, es ingeniero civil y tiene buen trabajo. Además, no es mal parecido. Cuántas mujeres quisieran, aunque sea sólo empreñarse de él; pero, la que ha hecho este trabajito lo quiere para ella sola y para nadie más. Con suerte y, más que todo, por la distancia

y el hecho de que acá nosotros estamos protegidos por “*apus*” muy poderosos, no ha ocurrido ni una cosa ni la otra, señora Idita. Pero si bien el niño esta sanito, dentro de su cabecita escucha algo que no le deja tranquilo ni mucho menos en paz y, si no se le cura, va a empeorar. Eso sí se lo aseguro yo, como que me llamo Santiago Carrasco.

— Entonces don *Shanticito* se lo dejo en sus manos. Yo sé que usted le va a curar, porque estoy segura que va a poner todo su empeño y sabiduría para lograrlo.

Don Santiaguito, que así le llamaban a aquel hombrecito, tenía la rara virtud de poseer latentes una serie de funciones hipotalámicas que, casi todos los humanos, hemos perdido como consecuencia de la evolución natural de nuestra especie. Luego, miró a la abuelita del niño con entrañable consideración y cariño, para decirle con esa franqueza muy propia de la gente del campo:

— Fíjese pues doña Idita la “*pequeñeza*” que usted me pide hacer justamente ahora. A la madre y al niño los han *lupuneado* o les han hecho algo peor allá por la selva; pero, no se preocupe, ya sé cómo lo voy a hacer, para librar para siempre al niño de esa péfida influencia, pero para eso le tengo que poner una condición a usted.

— Y... ¿cuál ya pues es esa dichosa condición don Santiaguito? —le habló la abuelita del niño, más en tono de amistad que de súplica—. Por favor, díganos no más lo que tiene en mente, que nosotros la aceptaremos de

antemano y sin regateos. Y si se trataría de dinero... diga no más lo que sea don *Shanti*. El padre de este niño le puede pagar. Podría decirse que él, ahora, gana bien, porque como es ingeniero civil y está como jefe en una obra grande, ha de tener con qué hacerlo por la salud de su hijo.

— Uyyy... señora Idita, de dinero no se trata. Para mí el dinero no tiene ningún significado. He nacido pobre y ese es mi estado natural. Yo no sabría qué podría hacer con mucho dinero. En cambio, su amistad si es para mí como un bálsamo que me fortifica y alimenta. Como usted ya sabe, me dará lo que sea su voluntad, si lo desea. Pero, lo que sí me interesa es que su hijo mayor, el que es profesor y tiene un alto cargo en la Zonal de Educación me asista en esta curación para que, él se convenza por sí mismo que hay cosas que la ciencia no puede explicar. Sólo quiero que él me crea y si eso ocurre, vamos a ganar esta pendencia. Además, con eso ya estaré bien pagado, porque les habré majado a unos “*finazos*” que hay en la selva para hacer el mal.

— No se preocupe por eso don Santiaguito. Usted diga no más cuando podrá ver al niño y, si quiere que ese mi hijo lo asista, yo le voy a pedir que lo haga. Pero... entonces, cuándo, en dónde y, a qué hora va usted a hacer este trabajito que le estoy pidiendo.

— El “*trabajito*” lo haremos señora Idita, en el comedor que tiene atrás de su cocina. Allí donde entrará la luz de la luna de cuarto creciente, un poco tenue, por

entre las fragancias de sus macetas de violetas alpinas que, a mí, me parecen que fueran del mismo paraíso, porque los ángeles las han de regar con el rocío de las madrugadas. ¡Debe ser el viernes de esta semana que recién estamos comenzando, a eso de las diez de la noche! Ahhh... y sólo deben estar allí el niño, su tío Alfredo y yo. Nadie más.

Así se hizo. Don Santiaguito, típico piurano nacido una noche de vientos silbadores y de dunas que caminan solas, en algún poblado desconocido de Chulucanas, era bajo de estatura y de armazón algo gruesa para su pequeño tamaño. Su tez era morena, como los de la mayoría de la gente de esa zona cálida y seca del país, su nariz recta y más bien pequeña sin llegar a ser ñata, sus ojos grandes de color negrísimo brillante y de apariencia saltona, se desmarcaban muy fácil de unas cejas también negras y poco pobladas que ya por su edad, algunas de ellas le habían crecido más de la cuenta. Su cabello era negro y ligeramente ensortijado, pero sin llegar a ser *cushuro*.

Tal vez mediría un metro con cuarenta centímetros. Su ropa era sencilla y hasta cierto inapropiada para el clima de Cajamarca, pero en esos trapos estaba aquerenciado de por vida aquí en esta gélida tierra. Le bastaban un par de zapatos de cuero de vacuno raídos por el uso, una camisa de dril con una chompa de lana tejida a mano encima y un pantalón también de dril. Sus dientes blancos como el algodón, denotaban que se los limpiaba

a diario con carbón y ceniza, quizás al inicio de cada día, como seguramente era la costumbre en el pueblo donde nació. Parco para hablar y de andar pausado, nunca decía una palabra de más.

La madre de Alfredo para que este asista a esta reunión de curación de Alex, tuvo una conversación en la que le suplicó que lo hiciera como un favor especial a ella y, también a su sobrinito, al que Alfredo quería del mismo modo que, en ese tiempo feliz, demostraba quererle su progenitor. Tanto afecto le tenía Alfredo a este niño que, sin proponérselo se desvivía en cariñar lo y jugar con él en el tiempo libre que le dejaba su trabajo.

Una tarde en que llegó de visita a la casa de su madre, un poco achispado por las cervecitas que se endilgara con sus compañeros de trabajo, lo subió a sus hombros para dar unos bailecitos con él allí agazapado, al igual que lo hacía siempre. Pero, esta vez, sin saberse cómo el niño se le resbaló, cayendo al suelo de cemento pulido de la sala de la casa de su madre, ni más ni menos como un zapallo.

No fue nada grave. Con suerte, sólo le brotó al niño un chichón más arriba de la oreja izquierda, que desapareció a punta de hielo y de "*hirudoid*". Sin embargo, como don Santiago pidió cumplir este requisito, y el mismo niño manifestó a gritos que no quería nada con ese viejo negro como un mollete, si es que su tío Alfredito no estaba allí a su lado, pues... la madre del descreído Alfredo tuvo que suplicarle le haga,

por esta única vez, ese favor especial, a lo que él le contestó:

— Mamacita, dejándose de tanta cosa, lo que deben de hacer es llevarlo a que un neurólogo lo vea y lo medique, en lugar de estar perdiendo el tiempo con ese viejito mentecato y aprendiz de brujo. En los tiempos en que los médicos eran muy escasos acá en nuestro país, eso, a no hacer nada, estaba muy bien, pero ahora ya no tiene sentido.

— No sé qué hay de raro en todo esto, hijo. Lo cierto es que Alexito dice que si tú no estás a su lado él no se deja curar. Y don Santiago, por su parte, también ha pedido que nadie más que tú esté presente durante la curación.

— Ya, ya mamá. Allí estaré, para que ya no sigan elucubrando cosas raras.

Y llegó el viernes señalado con sus horas de luz solar, a los que pronto, le sobrevinieron los de la noche. Pero, ese día Alfredo llegó a su casa a las siete y media pasado meridiano, un poco más tarde que de costumbre, porque junto con sus otros compañeros de trabajo de la oficina, tan pronto dieron las seis de la tarde en el reloj donde marcaban su salida, se tuvieron que ir a tomar un cafecito con sándwich de asado de chanco en el restaurant Salas, por tratarse del cumpleaños de don Eulogio Velarde, el programador de presupuesto.

Alfredo no se olvidó del compromiso aquel con su madre; pero, ella, algo preocupada por su tardanza, esa

noche le estuvo esperando en la sala de su casa. “Don Santiaguito llegó puntual como es ya costumbre en él”. Eso le dijo su madre a Alfredo mientras él se cambiaba la ropa de trabajo por otra más cómoda y más casual. También le dijo que mientras esperaban que llegara, tomaron “*café pasado*” con tortas de doña Peregrina y queso mantecoso de San Juan, que trajo su hija Dora de allí, donde era maestra de primer grado en la escuela.

— Bueno mamacita, ya estoy listo. ¡Vamos! —le dijo Alfredo a su madre como ir rumbo a la casa de aquella—.

La casa de la madre de Alfredo estaba a cuatro puertas de la de él y allí vivía ella con la segunda de sus hermanas, es decir, con Dora y sus tres hijitos: Jhenny, Alex y Edwin. El padre de aquellos niños casi nunca estaba a su lado porque paraba cómo nómada pasándose de una obra a otra, en razón de su profesión de ingeniero civil, a veces en condición de residente, de superintendente o simplemente de supervisor. Tan pronto entraron a la casa de su madre, don Santiaguito se puso de pie y, con su serenidad y parquedad de siempre le dijo esto a Alfredo, tan pronto lo vio:

— Vamos pues don Alfredito a curar a este pequeño muchachito, que de yapa es su sobrinito. Ya está todo bien preparadito y sólo lo estábamos esperándolo a “*ustedcito*”. —Alfredo quiso disculparse por llegar algo tarde, pero Don Shanti como si él supiera de antemano lo que le iba a decir, le aclaró—:

— No se preocupe por llegar tarde, profesorcito. Esos compromisitos con los compañeritos de trabajo no se pueden eludir casi nunca. Además, mejor servido que yo, nadie en esta casa. He tomado, oiga usted, el más rico y aromático “*cafecito pasado*” hecho por su digna madrecita. Las más ricas tortas de Cajamarca y el mejor queso del mundo: el de San Juan, que su hermanita trajo de allí envuelto en esas hojas que parece que son de carapas de la planta de plátano, pero que dice su hermana que no, porque son de una planta silvestre que se parece muchísimo al gramalote; pero, que es más grande que éste y que, además, sólo crece por esa parte del río Jequetepeque. Así que, vamos a que me ayude de una vez a curar a este muchachito.

El niño se cogió de la mano de su tío Alfredo para entrar al comedor, ese de las violetas alpinas de su abuela, como si ya supiera que de allí en adelante su vida cambiaría. Ya no sería renegón ni peleón, ni se enojaría por cualquier cosa. Ya no iba a querer golpear al “*negrito*” Edwin, su hermano menor, cuando le dijera “*mongolo*”, ni cuando todos sus primos le dijeran *Gorito* o *Chanchito* ni, mucho menos, cuando su tío Alfredo le diga *Kochoronius* para sintetizar en ese apelativo, todos los otros sobrenombres; aunque a ese tío, él le perdonara todo lo que le dijera porque era muy cariñoso y dadivoso con él, pues, según su propia apreciación de la vida, apenas era sólo un poquito menos bueno que su padre. Ya no iba a ser desobediente de lo que su madre o su

abuelita le ordenaran. En fin, parece que él sabía que de allí en adelante iba a ser otro niño.

— Usted siéntese ahí en esa silla, Profesor. Y, pásame a este gordito para iniciar la sesión. Pero, no haga ninguna clase de bulla. Sólo observe en silencio. Y tú, Gordito, ven para este ladito, levanta tus manitas y cierra los ojitos...

El niño, como nunca, hizo todo lo que don Santiaguito le dijo sin protestar, ni renegar, como acostumbraba. Luego don Santiago apagó la luz eléctrica del ambiente. Sólo quedó la luz mortecina de la luna filtrándose por las rendijas de la ventana y las flores. Pero, fue suficiente para ver todo lo que allí comenzó a ocurrir a partir de ese momento.

Ante la mirada observadora de Alfredo don Santiaguito hizo girar al niño sobre sus talones, con los brazos en alto y los ojos cerrados. Antes de iniciar el ritual aquel, él mismo le sacó los zapatos. Primero, pareció que don Santiaguito le cogió por debajo de los hombros mientras giraba, pero luego el descreído Alfredo cayó en la cuenta de que sus manos estaban ligeramente separados del cuerpo del niño.

Sin embargo, él seguía girando como una especie de trompo, pero en el aire, a unos treinta centímetros de altura sobre el suelo. Los ojos del curandero estaban más grandes y más saltones que de costumbre y parecía que iban a salirse de sus órbitas, al mirar fijamente la frente del niño, siguiendo el compás de los giros en el aire que

éste daba. Pero, de su boca no salió hasta ese momento un solo sonido... hasta que comenzó a rezar:

— Puquiales de la *Tulpuna*, *Pariamarca* y *Cashapampa*, limpien el espíritu de este niño. Cerro del *Cajamarcorco*, yo te invoco, limpia el espíritu de este niño. Cerros del *Cumbe Mayo* y *El Gavilán*, yo les imploro que ayuden a su colega el cerro *Cajamarcorco* a dejar limpio de toda sombra de mal al espíritu de Alex Zamora Cabanillas, porque es un niño inocente y puro como todas las aguas de los puquiales de este valle. Cerro *Pitura* y cerro de *Tantarica*, dejen libre al espíritu de este niño, les ordeno yo que soy poseedor del don para curar y hacer el bien...

Luego, silencio... sólo silencio y luz de luna. Pero el niño como dormido, seguía girando lento como un trompo al que se le va extinguendo el impulso de la pita que lo hizo girar al comienzo, a unos centímetros del suelo todavía, hasta que finalmente dejó de girar y don Santiago tuvo que sostenerlo en sus brazos para que no cayera al suelo. Acto seguido, lo levantó hasta la altura de su pecho y se lo entregó a Alfredo diciéndole:

— Llévelo a su camita y abriguelo. Dormirá como un bendito hasta mañana y se levantará sano y bueno.

Recién entonces Alfredo prendió la luz y cuando se acercó para recibir en sus brazos a su sobrinito, pudo notar que don Santiago estaba muy cansado y sudoroso. Parecía agotado por una faena indefinida que le afectaba hasta el último de sus músculos, sus huesos y sus

neuronas. Respiraba acezando. Pero comenzó a restablecerse bastante rápido, se secó el sudor de la frente con un pañuelito blanco que sacó de uno de sus bolsillos de su pantalón, y allí es cuando le pidió a Alfredo, no cómo una súplica normal y corriente, sino como algo que se pide cuando se sabe de antemano que nos complacerán.

— Voy a querer que su madrecita me brinde otra tacita de ese “*café pasadito*” que sólo ella sabe hacer, con un par de tortas y otro par de huevos fritos. —Le dijo, muy serio, pero en tono de súplica—.

— Claro don Santiaguito, qué ocurrencia, no faltaba más. Ahorita mismo voy a dejar al niño en su cama y le diré a mi madre que le prepare de inmediato lo que usted me ha pedido.

Eso hizo Alfredo. Don Santiago se sirvió lo que pidió con bastante apetito y muy buenas ganas; y, luego, agradeció e hizo además de despedirse, seguramente para ir a su casa donde también le estarían esperando. Fue entonces que Alfredo le preguntó cuánto había que pagarle por sus servicios. Él tenía el dinero en su bolsillo para darle lo que pidiera y que sabía que se lo había ganado, sin regatearle nada de nada. Pero don Santiaguito le detuvo para decirle con la maravillosa sencillez que le caracterizaba:

— No me debe nada usted don Alfredito. Su madrecita ya me ha pagado más que suficiente, con las dos tazas de un café que nunca había tenido la dicha de

probar en mi vida, hasta este momento. Además, la amistad que me brinda su familia para mí es más que suficiente. El bien se paga sólo con otro bien, jamás con dinero, porque el dinero envilece. También usted ya me ha pagado acompañándome en la curación. Su espíritu de descreído es muy fuerte y me ha ayudado al estar a mi lado, para vencer a los espíritus malignos...

Después de la cura el niño se quedó tan bien que ya no hubo por qué preocuparse de él. Sin embargo, en algún momento, para dormir, había cogido la costumbre de enroscarse los pelos de su coronilla en sus dedos. Como no hubo forma de quitarle esa manía, su madre le pidió a su hermano Alfredo que lo llevara al peluquero para que se lo corten al ras.

Eso hizo Alfredo. Ya en la peluquería lo acomodó bien en el sillón y le dio una revista de *"El Pájaro Loco"* para que se entretenga mirando los dibujos porque todavía no sabía leer. El peluquero con delicadeza le hizo inclinar la cabecita hacia adelante y comenzó a cortar a ras su cabello. Embebido como estaba en la revista no se percató de nada hasta que, para cortarle la moña de la frente, le hizo que levante su cabeza, con lo que vio lo que le había ocurrido a casi todo su pelo en el espejo.

Su tío Alfredo tuvo que sujetarlo para que el peluquero termine su trabajo. Ya completamente coco bolo, se bajó del sillón sólo para liarse a empujones, patadas y todo lo que pudo con su tío. Para tranquilizarlo

él le decía al tiempo de defenderse de los sopapos que intentaba darle:

— Te voy a dar hijito una propina de 10 soles para que te compres las revistas que quieras. Tu pelito rapidito va a crecer otra vez. No te preocupes. Te hemos hecho cortar el pelo chiquito para que no te lo jales a la hora que duermes. Ya por tu corona te has quedado calvito...

— ¡Yo no quiero nada! Yo quieeeeeroo mi peeeeliiitooo.

— Mejor te voy a comprar un chocolate grandazo para que le des cólera al Edwin.

— Yo no quiero chocolate, ni grandazo ni chiquito. ¡Yo quieeeeeroo mi peeeeliiitooo!

— Bueno pues Gorito, como ya no hay pelo y no quieres propina ni nada, vamos a la casa. —Le dijo su tío y se lo cargó a la espalda donde por más que pataleó ya no pasó nada. Pero, se enojó con su tío por lo menos una semana entera y para variar, no se iba de visita a su casa y no le hablaba para nada—.

Pero como no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, uno de esos días a la hora del almuerzo resultó llegando otra vez a la casa de su tío Alfredo. Después de dar varias miradas por los platos servidos de comida de sus primos y de su tía Rosa, se acercó a su tío y estirando su cabecita lo más que pudo, señalando los chicharrones de chanco con mote que éste comía, con su dedo índice le hizo la consabida pregunta:

— ¿Qué es eeeesso?

— Chicharones.

— Quieeero... —Y su tía Rosa, la esposa de Alfredo, tenía que servirle su segundo almuerzo, “*completito y tosquito*” como pedía su ración cotidiana su primo hermano Dennis, que ya para ese entonces se le despertó el apetito—.

Tal situación se volvió una rutina. Todos los días se las ingeniaba para dar cuenta algo rápido de su ración de almuerzo, generalmente a base de pollo o carne de carnero en la casa de su abuelita y, eso sí, agradeciéndole como Dios manda, se retiraba casi corriendo de allí para irse a la casa de su tío Alfredo, cuatro puertas más abajo por la misma vereda de la calle.

Tan pronto llegaba “*cansa-cansa*”, comenzaba con repetirnos las preguntas que ya las sabíamos de memoria, a fuerza de escucharlas tanto. Sin embargo, como desde que le conocíamos había sido muy listo e inteligente, algunas veces comenzaba por su prima Zully, otras por su prima Tania y algunas veces por su primo Dennis. Siempre cambiaba de hospedero. Esa era su táctica. Pero, sus ademanes para mirar la mesa eran los mismos. A su tía Rosa no le preguntaba casi nunca, porque ella por lo general siempre estaba en la cocina sirviendo alguna cosa que faltara, y no en el comedor. La vez que se acercó a Dennis, el tercero de los hijos de Alfredo y le hizo la consabida pregunta:

— ¿Qué es eeeesso?

Éste, acercándose a uno de sus oídos le susurró con picardía algo que todos en la mesa escuchamos:

— Cacanuzá...

Sin inmutarse en los más mínimo, *Kochoronius* le contestó entonces con una sonrisa de oreja a oreja, más pícara aún que la de su interlocutor:

— Quieeero...

Antes de que eso ocurriera, su tía Rosa que ya sabía de la costumbre de su sobrino *Alexito*, como ella acostumbraba tratarlo, ya estuvo llegando a la mesa con un plato de guiso de carne de res con papa amarilla y arroz bien “*graneadito*” para agasajarlo, no sin antes recriminar a su hijo Dennis por decirle palabras que no se deben de pronunciar “*jamás de los jamaces*” en la mesa donde se está comiendo, a su primito que se encontraba en una edad en la cual absorben como esponjitas todo lo que escuchan de sus mayores.

La vida de aquel gordito que naciera con cabeza de “*tutumo*” siguió su curso, en forma completamente normal. En el jardín de la infancia se desempeñó como era de esperarse en un niño bien educado y de sanas costumbres. Sin embargo, si se hiciera un brevísimo análisis de su vida, se podría encontrar con facilidad que, en el fondo, la trayectoria de ese niño era un mar inconmensurable y sin fondo de historias sui géneris y de anécdotas curiosísimas.

La vez que Alfonso, sobrino de la madre de Alfredo y, al que todos en la familia conocen como “*Alfonsito*”

llegó de Lima, convertido ya en todo un médico, para hacer su servicio rural de un año enterito en la posta médica de Baños del Inca, se hospedó en la casa de su tía, la abuelita de “*Kochoronius*”. Para ese entonces éste ya había crecido y madurado lo suficiente como para ser matriculado en primer grado de primaria y su tío Alfredo, “*nombrista*” de nacimiento, le puso ese apelativo en mérito, eso sí no cabe duda, a la recia contextura que desde el momento mismo de nacer tuvo este niño.

Como los alumnos de primaria en ese entonces sólo estudiaban hasta la una de la tarde, después de almorzar doble, el *Gorito* de esta historia (“*Gorito*” le llamaban sus primas Zully y Tania, con esa delicadeza femenina muy suyas) se dedicaba a quemar toda la energía que le sobraba jugando con un montón de niños que llenaban, por aquel entonces, con sus griteríos y correrías, la primera cuadra del jirón El Inca allá en Cajamarca. Por su parte, en uno de sus viajes de fin de mes, el *doctor Alfonsito* se trajo de Lima en un galón de cartón, vino tinto chileno del viñedo Concha y Toro, el cual, según él mismo dijo, lo compró a precio de huevo en “Polvos Azules”, cuando éstos funcionaban todavía a media cuadra de Palacio de Gobierno.

Profundo conocedor del cuerpo, el rubor, el “*bouquet*”, el aroma y no sé qué otros menjunjes propios de los buenos vinos, el doctor *Alfonsito* lo primero que hizo fue invitar a su primo Alfredo, —el mayor de todos los primos de la rama “González”— a degustarlo medio

escondidos en el cuarto donde él dormía, previa charla ilustrativa de lo bueno que es para la salud beberse una copa —sólo una, aclaró como lo hace quien sabe a ciencia cierta de lo que está hablando—, de un buen vino tinto, *aunque sea chileno*, antes de irse a dormir.

Más o menos por tres noches consecutivas la degustación del vino que trajo el doctor *Alfonsito* se convirtió algo así como un ritual, sólo que nadie se percató de que el *Gorito* no se perdió una sola degustación y todo el ritual de sacar la galonera de vino de un rincón debajo de la cama, de la forma en que había que jalar una especie de piletita de plástico que traía el galón en su parte inferior y, sobre todo, de cómo había que accionar una palanquita para que el vino saliera rojo bermellón como un chorrito.

Uno de esos días, Alfonso algo alarmado por lo que estaba aconteciendo al interior del galón de su vino, que disminuía de volumen misteriosamente y sin dejar rastro, llamó a su primo Alfredo para preguntarle, por si acaso, si alguna vez él había venido a tomarse el vino que tan celosamente conservaba y del que sólo, hasta ese día, se habían consumido seis copas. Como era obvio, Alfredo le contestó tajantemente y con la autoridad que sólo la honestidad concede a la gente, que eso no haría él jamás, mucho menos a sus espaldas y sin pedirle permiso.

Desconcertado *Alfonsito*, una tarde cerró la Posta Médica antes de horario y llegó a la casa de su tía Ida, la abuelita de *Kochoronius* donde se hospedaba, a eso de las

cinco de la tarde. Entró a su cuarto y se dispuso a descansar. Durante todo el día había atendido tres partos en la posta médica a su cargo, además de una retahíla de pacientes comunes.

Como en Cajamarca casi siempre hace frío y, más aún, pasadas las cinco de la tarde, se metió dentro de su cama y ya estaba por conciliar el sueño cuando en eso entró corriendo el *Gorito* provisto de un vaso y, como todo un experto en esas lides, hurgó debajo de la cama y sacó el galón de vino que tan celosamente guardara allí su tío *Alfonsito*, del cual, con aquella destreza sin igual que da la experiencia de haber hecho lo mismo muchas veces, se sirvió sin compasión ni prolijidad un poco más de medio vaso cervecero, se lo tomó como quien toma limonada y después de poner todo en su lugar, se marchó a la carrera, suda que te suda, otra vez a seguir jugando con los demás niños en la calle.

El doctor *Alfonsito* ante tan esclarecedor y objetivo espectáculo, sólo atinó a pensar en voz alta lo siguiente:

— ¡Asunto aclarado! Ahora sólo me queda disculparme con mi primo Alfredo.

70 VECES 3

Ese amanecer gris —como circunstancialmente se tornó mi existencia por esa época—, con el cielo del color de la panza de un burro, igualita a la descripción perfecta que de él hiciera alguna vez el escritor Julio Ramón Ribeyro para caracterizar el color sempiterno del cielo invernal de Lima, fue uno de aquellos días en los que nos parece que amanece más temprano, a pesar de que la ciencia nos ande diciendo que las noches del invierno son “más largas” que las noches del verano.

Cuando se quiere seguir durmiendo recién a pierna suelta, porque en la madrugada recién la ropa de cama nos parece que ya estuviera libre de la humedad del ambiente, nos levanta la obligación que Dios le impusiera a Adán en los orígenes: trabajar. A mí en particular, además de saber que tengo esa obligación metida entre ceja y ceja, me ayuda para no querer hacerme el olvidadizo, la voz de mi mujer que me recuerda sin gritar, como si muy en el fondo ella anhelara que yo siga durmiendo un poquito más:

— Ya te haces tarde Alfredo. Recuerda que debes afeitarte y, sobre todo, bañarte. Si no... los puños y el cuello de tu camisa, no van a llegar limpios hasta la noche, que es cuando recién puedes regresar a la casa... —allí es cuando me pareció escucharle mascullar entre dientes, como quien no dice las palabras sin que las mastica—: ¿a qué idiota de funcionario se le ocurre disponer que el uniforme de diario de los empleados que trabajan cerca de la avenida Abancay sea terno de casimir plomo con camisa blanca? —Bueno, qué más diría, su voz se perdió por la cocina—.

Y... es que ella se levanta por lo general a las cinco de la mañana. Tiene que dejar preparado el almuerzo antes de ir a trabajar en una Clínica. Además, despierta a los hijos que estudian por la mañana, les ayuda a encontrar sus útiles escolares y sobre todo las medias, que el perrito pequinés de la casa se encarga de refundir con inigualable esmero. A mí también me alcanza como una costumbre ritual, la ropa interior y las medias limpias. La camisa y la corbata, por decisión mía, la elijo yo.

Pero últimamente, mi pobre mujer realiza en la casa la tarea más difícil de estos últimos años: servir el desayuno. Sí pues, digo bien: ¡servir el desayuno!... ya que eso se convirtió a la mitad del primer gobierno del presidente García, en una tarea por demás imposible de realizar. Cuando era coca-cola que mi mujer servía en lugar de la leche con avena de toda la vida, los hijos no hacían problema, pero...

— Yo quiero desayunoooo... en la mañanita no se toma sopa de leche, eso se toma en el almuerzo, mamá —aúlla el primero de nuestros cachorros que, por ser el mayor, se siente con derechos de una progenitura que nadie se la ha conferido, para reclamar sobre un estado de cosas que, además de que no hay cuando cambie para bien, según todas las evidencias es de autoría de este gobierno aprista—.

— Pero hijito, verás, pruébala no más... está riquísima —le contesta su madre, agobiada más que por lo que le reclama su hijo, por esta situación que, por cada día que pasa se hace cada vez más insostenible—.

— Yo quiero desayuno, no almuerzo... —reitera el niño convencido de que reclama lo que le parece justo—.

Presumo que reemplazar la leche del desayuno por coca-cola ha de gustarles a los niños; pero, cambiarla por sopa de leche...

Antes de que finalice la escena que ya es cotidiana entre los que tenemos la responsabilidad de mantener a los hijos, tengo que salir corriendo al paradero de los microbuses que me llevarán al trabajo. La pobre madre no les puede preparar a los niños lo acostumbrado para el desayuno por la escasez de azúcar, en el país. De ser exportadores de este alimento nos convertimos, sin saberse cómo, aunque sí por obra y gracia de este gobierno aprista o, quizás de un monopolio que ya comenzó a gestarse, en dependientes importadores de él. Igual ha ocurrido con el arroz, la papa, la quinua... No podría decir lo mismo de la harina de trigo para el pan,

porque eso viene de más atrás. Pero así están las cosas y parece que seguirán así, sin remedio a la vista y caminando de mal para peor.

Sin tomar desayuno tengo que salir corriendo de la casa porque ya me hago tarde para llegar al trabajo. Ya tomaría algo en la oficina para mitigar el hambre de la mañana. Mientras espero la llegada del micro, mis dolores de articulaciones van echando caderas —y qué caderas, me dije para mis adentros—, además de que va tomando cuerpo muy rápido como el crecimiento de los adolescentes. Mi descalcificado esqueleto parece que tiene la intención de romperse en mil pedazos. La piel que la recubre se torna “carne de gallina”, entre otras sensaciones indescriptibles.

Por fin un micro aparece rebalsando de gente a más no poder. Con más maña que fuerza, logro colocar mi pie derecho en el estribo y colgarme de la ventana, que con suerte está abierta a pesar de que es invierno en Lima. Clavarme adentro es colaboración del primer bache.

Cómo “*atrás siempre hay sitio*” según lo que anuncia agritos el flaco, desgarbado y maloliente controlador, inicio la ominosa marcha resbalando entre tetas, culantros, espaldas mojadas y olores a sobaquina; pero, sobre todo, entre manos que se deslizan del pecho hasta las ancas. Por fin llego más asustado que agotado al final del micro para comprobar que realmente: ¡atrás siempre hay un poco de sitio! Esta especie de descanso parado al fondo del interior del vehículo, me permite leer una vez más las calcomanías y otras expresiones comunicativas con las que, sabe Dios quién, pretende

adornar las partes metálicas y las ventanas del destartado microbús que, a pesar de su horroroso aspecto externo, todavía anda:

— Este micro es tuyo: ¡Cuídalo!

— No soy *dólar* pero subo.

— La virginidad produce cáncer.

— ¡Ojo! Bacunador Boluntario (con plumón).

No pude seguir leyendo. Un pasajero de cabeza blanca y casposa, con la apariencia de una gallina con calzón, era objeto del mismo examen que a mí se me practicara hacía pocos segundos. Sin embargo, el de la cintura del pantalón pegada a las axilas, molesto por lo descarado del bolsiqueo, con una voz que no parecía la suya y, sin dirigirse a nadie en particular cacareó:

— Ya pues tío... deje las manuelas en paz. ¿No se da cuenta que estoy más pelado que Kojak? ¡Qué concha!...

Kojak es un policía jetón que nunca se saca su gabardina beigs, completamente calvo, interpretado magistralmente por el veterano actor Telly Savalas que, por ese tiempo, todavía pasaba piolas, cuya serie de películas producidas por Hollywood exclusivamente para la televisión, también se llamaba igual, cuando todo el mundo pensaba que la TV iba a reemplazar irremediablemente al cine.

Después de los gritos que cacareó sin prolegómenos el hombre gallina con calzón hasta las axilas, comenzó a flotar en el ambiente ese silencio de cómplices, que todos sabemos que se producen espontáneamente en tales

situaciones, que sólo fue roto después de medio minuto de avance del vejestorio microbús, por el ya consabido estribillo del cobrador:

— ¡Parque Universitario!... ¡Aaaatrás hay siiiitiooooo!

El Parque aquel, que no se sabe por qué o por obra de qué, le decían “Universitario”. Lo cierto era que, siendo tierra de nadie, podía ser de cualquiera. Pero era evidente que, de los jóvenes universitarios no era. Lo que sí se podía verificar con algo de paciencia, era el hecho de que por las tardes e convertía en un verdadero hervidero de mariposas y de sus proxenetas, de mariposones, de inventores del kilo de setecientos cincuenta gramos, de “*robertos*”, de veedoras de la suerte y de otros seres difíciles de clasificar según los criterios taxonómicos ya presentados.

Junto a esa miscelánea de cosas, el edificio gigante del Ministerio de Educación que está al frente de él, es lo que aparece ante la vista como lo único diferente a todo ese marasmo de situaciones que, en el fondo, no son más que simples indicadores de un mismo estado de cosas: una inflación galopante promovida por un gobierno corrupto hasta la médula. Hacia allí encamino mi maltratado organismo. Al pasar por un puesto de periódicos, compro el de mis simpatías y mientras hago cola para el ascensor, logro darle una rápida ojeada.

Al hojearlo a pesar de mi afanosa búsqueda, no logro encontrar ninguna noticia “*saludable*”. Todas las

noticias sin excepción, hacen referencia a que los precios suben y suben sin cesar. En resumen, todas las noticias son funestas para los bolsillos de los sufridos peruanos. La inflación es una vorágine que parece tragarse los ahorros del país entero como si nada. Esto nunca había ocurrido; pero, lo peor de todo es que no tiene cuándo acabar.

En los últimos años el gobierno convirtió al reajuste de los precios de los combustibles en una de sus muletillas, para enmendar rumbos en la economía. Casi todos los días subían de precio la gasolina, el petróleo y el kerosene. Haciendo eso, todos los productos de consumo también se reajustaban a los nuevos costos de estos, pero para subir... y subir y seguir subiendo. ¿Reajuste de sueldos? ¿Y que importaba ya? Si el sueldo anterior y el nuevo, reajustado, no sirven para comprar casi nada. Al lado de todas estas calamidades, mi gripe es un simple estornudo.

El resto del día pasó con la lentitud de las catástrofes. Entre punzadas, resopladas y exprimidas inmisericorde de una nariz que ya está roja y escalofríos atorrantes. ¿Permisos en el trabajo para ir a descansar? ¡Ni hablar! Están prohibidos disqué por la austeridad en el gasto público. Para colmo de males, en el botiquín de la oficina no hay ni mejoral.

Pero; como no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, según solía sentenciar sabiamente mi querida abuela, por la noche la paz del hogar me llegó,

por fin, a través de una taza caliente de limonada, “*endulzada*” con una puntita de ron Cartavio —porque azúcar no hay ni para remedio—, para hacer pasar mi “*tres en una*”, creación heroica de mi mujer: cheracol, antalgina y flavistón.

La “tres en uno” casi de puro antihistamínicos, no me “quitó el malestar como con la mano”, según me aseguró ella, lo que sí me hizo de inmediato fue hacerme sudar como caballo, después de lo cual el sueño me llegó de yapa como una bendición de Dios. Antes de sumirme en esos vericuetos de los sueños semi adormilados que la gripe saturada de antihistamínicos produce a la gente, logré escuchar como si lo que se estaba diciendo estuviera en el otro mundo:

— No hagan bulla hijitos, por favor, porque su pobre papito “está con la gripe”.

— ¿Y quién es esa señora?

— No hagas esa clase de bromas “Ratón”, que alguna vez podría llegar a ser cierto. Nadie está libre de que le ocurra una desgracia como esa de que tu padre tenga otra.

— Está bien mamá. Era una bromita y nada más. Pero lo que te voy a preguntar no es en broma: ¿mañana vamos a desayunar otra vez con sopa?

— Sí... tu pobre padre no podrá madrugar mañana a hacer la cola para el azúuucaaaaar...

El día siguiente amaneció pletórico de luz y de bellas armonías completamente nuevas. ¿En invierno? La

alegría de vivir se podía respirar y hasta contagiar a todos los de nuestro alrededor. ¡Y el malestar de la gripe!... ¿Cuál gripe?...

Cuando me acerqué para desayunar, como si fuera cosa de magia, nuestra mesa estaba bien servida. Lo raro era que se parecía mucho a esas mesas que las telenovelas mexicanas nos muestra para hacernos creer que así son las casas de los pitucos, en las cuales, los comensales toman apenas un sorbo del vaso de algo que se parece a naranjada pero que no es naranjada, dan un único mordisco a unos de los panes untados con mantequilla de vaca que tampoco es mantequilla de vaca, se hacen que toman un nuevo sorbo de una taza que parece de café... y dejan todo allí sin consumir, porque el chofer dizque les espera en el auto para llevarlos a la corporación donde son gerentes o dueños.

Es decir, y como para no creerlo, en nuestra mesa había de todo, no faltaba nada, qué caray. Había hasta dos azucareras repletas... de azúcar blanca la una y de azúcar rubia la otra, para el que quisiera de la una o de la otra. Todo parecía tan real; pero, tan real, que no cabía la posibilidad de que fuera un sueño o una vil alucinación.

Además, allí estaba el succulento desayuno que pronto devoraría como vikingo: café pasado, queso serrano, mantequilla de vaca, aceitunas, leche evaporada y también de la entera, en unas jarritas de loza china blanca; había pan francés, “cachitos”, pan de yema, pan integral, un pan “*baguete*” largo como el brazo de la justicia que uno imagina; pero, que en la realidad no existe, “*shiabatas*” a granel; y, hasta cinco enormes

tamales “*maleños*”; ¡qué caray! Allí sólo faltaba un buen plato de chicharrones con camote amarillo frito, con salsa de criolla de cebollas, me dije, pero no lo solté.

Camino a mi trabajo puedo verificar la presencia de hechos más asombrosos todavía. El micro es para transportar gente, no sardinas. El conductor es amable y culto, no le escuché ni de broma estar diciendo que al fondo hay sitio. Las calles de Lima no tenían baches ni montañas de basura maloliente limitando la miseria de un barrio con respecto a otro, más miserable, aún. Tampoco se podía ver aguas negras discurriendo como manantiales por las avenidas ni calles. Todo era increíblemente hermoso, sólo comparable con el “*Mundo Feliz*” del escritor inglés Aldous Huxley; pero, sin alfas, ni betas ni epsilon. Allí sólo había gente normal y sencilla, con los rostros que dicen sin denunciar, que al menos han tenido tres comidas al día.

— ¿Qué ha pasado hoy, por Dios? —le pregunté, más sorprendido y pasmado que asustado, al pasajero que se iba cómodamente sentado a mi lado, en un mullido asiento igual al mío—.

— Nada especial. ¿Por qué lo pregunta? —me contestó a secas, como si lo que estaba pasando fuera cotidiano—.

— Vea usted amigo, ayer regresé del trabajo con gripe. Todo estaba normal. En cambio, ahora...

— Posiblemente usted estuvo enfermo, no uno, sino mínimo tres días. En ese lapso han ocurrido, mi querido amigo, cosas que antes sólo cabían en la imaginación de

los comunistas y de esos curas jóvenes y modernos medio hippies... que ya no quieren usar sotana. Sería muy difícil contarle todo lo que ha ocurrido en estos últimos días; pero, en concreto amigo, ahora en todo el universo hay paz, equidad social, bienestar...

— Pero... ¿cómo puede ser posible todo eso?

— Pues verá... dicen que a don Shapi le dio la gripe. Como la gripe no tiene cura... debe estar todavía hirviendo en fiebre, muy propio de su clima cálido, por cierto, pero además estornudando como desatado, con los ojos rojos y por la nariz chorreándole... usted ya sabe cómo es eso hombre...

— Pero, ¿acaso la gripe no se cura sólo con tres días de cama?

— La suya amigo. La del diablo dura setenta veces tres días. Vaya a saber uno qué tanto es eso. Podría ser: tres elevado a la setentava potencia, o setenta por tres, o setenta por... olvídense, el número setenta puede significar muchas cosas. Mientras tanto, no podrá seguir haciendo las maldades que acostumbra... ja, ja, ja...

LA AUTENTICIDAD NO SE FALSIFICA

Justo en el momento en que la televisión basura que últimamente se ha convertido en el pan nuestro de cada día, comenzaron a pasar unos sketches en la que un ser andrógino aparecía disfrazado de “*Chola Chabuca*” y otro de “*Chola Jacinta*”, asombrada de lo que hablaban, la empleada doméstica de la casa muy preocupada me preguntó:

— Óigaste maestríto, eso no es cultura ¿dígame? —frente a lo cual le respondí—:

— Claro que “*eso*” no es cultura, Martina. La cultura es algo así como “*la original y sencilla belleza del campo*”. En el caso de la cultura, es el producto de una educación determinada y en el caso del campo, de un esmerado cuidado del ambiente. Cultura no es acumulación de dinero ni de poder, tampoco es el acceso a un cargo o a una posición social, mucho menos es la acción de querer aparentar lo que uno no es, en el fondo. El que no tiene cultura y pretende aparentar que la tiene, actúa del mismo modo que aquel afeminado, en el que su

falta de autenticidad, se traduce en una exageración a gritos, del mismo modo que un jardín lleno de cosas artificiales denuncia a la primera mirada su falta de autenticidad y de originalidad.

— Si pue, parece que así pue hay de ser, mi querido maestríto, cuando mi *comprendedera lo hayga* digerido bien, le podré discutir eso —me contestó ella con la naturalidad de quien sabe cómo se pela una papa sancochada sin quemarse los dedos—.

YO QUIERO DE ESAS CARNES NEGRAS

En el Perú los anticuchos constituyen junto con el cebiche, los picarones y la mazamorra morada, los platos de comida típica más representativos de Lima: “*la ciudad jardín*”, “*la horrible*”, “*la de los costeños puros*” o de cualquier otra ciudad de Lima intemporal, inespecífica o miscelánea; pero, siempre de Lima.

Casi nadie puede sustraerse a la tentación sibarítica de disfrutarlos al paso, en las carretillas ubicadas a mitad de una cuadra, en los triciclos atravesados en las esquinas e intencionalmente colocados allí para obstruir el paso de los transeúntes por ambas calles, o cómodamente instalados en un local comercial con la música de Chabuca Granda en guitarras criollas, de fondo. En Lima hay anticuchos para todos los bolsillos y para todos los gustos.

En cierta oportunidad en que regresaba del centro de Lima con mi esposa y los tres hijos que por ese tiempo teníamos, —todos ellos menores de cuatro años de edad—, nos detuvimos en una esquina del jirón Ancash,

cerca al mercado de Mercedarias, en Barrios Altos, con la intención de saborear a lo pobre, un par de palos de anticuchos cada uno y por lo menos un platito de picarones.

Obviamente, los picarones iban a ser destinados a los niños y los anticuchos, que por lo general llevan ají, para nosotros los adultos. Cuando cada uno se encontró disfrutando de lo que le correspondía, por allí resultó sonando como una campanita, una vocecita que decía:

— A mí también me gustan mucho, papá, esas carnes negras en palitos que ustedes están comiendo...

Era Zully, la mayor de mis hijas que, desde los ocho meses de edad, tuvo la particularidad de hablar todo y de querer comer de todo... Además, el aroma de los anticuchos era irresistible. Sin embargo, pensando más en que a la hora de pagar iba a tener un imprevisto demás, traté de explicarle:

— Mira hijita, los niños no comen anticuchos porque pican, pues llevan ají...

— No papi, para los niños ahora los hacen sin ají. ¿No es cierto, señora?

— Claro que sí niñita. Pero, fíjese no más usted señor —dijo la anticuchera, dirigiendo sus dos grandes ojos negros hacia mí, repletos de estupefacción e incredulidad por lo que acababa de oír— lo asombroso es oír cómo habla esta niñita, señor... pero, si parece que está hablando una señorita. Yo nunca he visto en mi vida a una niñita de esa edad, hablar tan bonito.

No tuve más remedio que pedir seis palos adicionales para repartirlos a dos cada uno entre mis tres hijos que, como gatitos comiendo pescado, no permitían que ninguno de nosotros nos los acercáramos.

Muchos años tardé en comprender que los niños que se crían junto a personas adultas, aprenden a hablar del modo que hablan los adultos, al no tener otros niños a su lado y aprender de ellos como hablan los niños. Al principio, obviamente, aquella niña precoz para hablar, decía “*patón*” para referirse a los plátanos y, “*yayanja*” a las naranjas que tanto le gustaban. Que decía “*tutuyutu*” a un gallo que cantaba de madrugada en el corral de su abuelita, y “*guau-guau*” a su perrita. Pero, como me resulta natural ahora, fue corrigiendo su lenguaje para adaptarse mejor al mundo en que vivía.

YA NO LE DIGAN MANZANA... A LA MANZANA

Silvia, en buena ley la cuarta de los hijos de mi hermano Lucho, hasta más de los ocho años de edad y, al parecer, hasta la fecha, en que ya es feliz madre de una hijita, tiene los cachetes más hermosos del mundo. Nació pesando cerca de cuatro kilos, no de ambulante sino de los verdaderos, y llegó a este mundo resplandeciente de vida y con las ganas atrasadas de comer.

Su abuela desde que la vio por primera vez, proclamó que era “igualita” a una de esas manzanas que antes llegaban a Perú y, a Cajamarca también, envueltas en un papel de seda cuadrado que más se parecía a un trozo de papel higiénico (del suave) recién cortado de su rollo y, en cajas de cartón cuando venían de Chile, o en cajas de madera de pino Oregón cuando venían de California. Tan bien le quedaba el sobrenombre de “manzana” que los familiares no sólo la llamábamos de ese modo, sino que de vez en cuando, nadie podía resistir

la tentación de darle un mordisco, como buenos descendientes de Adán.

Cuando comenzó a caminar y luego a correr, la sofocación la hacía convertirse en “manzana confitada”; pero, siempre en manzana, porque ella, como resultaba evidente, no podía parecerse a otra fruta. Al terminar la educación inicial o su “jardín”, su madre tuvo conmigo una “seria conversación”. Entre otras cosas, muy formal y muy seria, me dijo:

— Mira cuñado, ya está bueno que le bauticen a mi Silvita; pues, en tanto más se demoren, más caro les va a resultar el ajuar... ¡Ahhh!, y como ya va a entrar a la primaria, sería mejor de que dejaras de llamarle “manzana”. Me parece que, si tú haces eso, tal vez el resto resulte olvidándose también de llamarla de ese modo.

La prohibición hubiera estado muy en su sitio y habría quedado por demás clara, de no ser porque en ese momento tocaron la puerta de la casa y mi cuñada atendió en la puerta, luego de lo cual, desde allí y con la naturalidad de siempre, pegó este grito:

— ¡Maaanzanaaaa... te llama Karla!

UN POLLITO INOLVIDABLE

Cuando mi sobrina Jhenny cumplió la friolera de dos años, su tía Lastenia le obsequió un hermoso vestido blanco de lana tejido a mano con “*agroché*”, en su totalidad. Se trataba de un primoroso “*chachá*” que, después de ocurrido el regalo, mi hermana Dora le ponía a la agasajada, sólo en las grandes solemnidades, junto con unos brillantes zapatos de charol, una “*panty*” trinquete de dralón y una coqueta vincha, con gancho de nácar que, formaban en conjunto, la ideal y más hermosa de las combinaciones del candor infantil, con la más pura abstracción conceptual del blanco.

A la niña, es de presumir, le gustaba el vestido blanco tanto como a su madre y a toda la familia. Por ello, en su afán de que no se le ensuciara, caminaba por la sala de la casa, eso sí, mirándose sin ningún disimulo en todo lo que fuera capaz de reflejar su imagen, como un pollito togado recién salido del cascarón, “*que anda sobre lanas y en puntitas de pies*”, como alguien que no quiere que se le manche ni se le ensucie jamás, ese original atuendo

con el que la naturaleza le atavió, para que llegara a este mundo como dirían los costeños: “*bien taypá*”, que en el argot limeño que hace referencia a sus chifas de origen chino, significa bien despachada o bien servida.

Ante tan único y original espectáculo, no faltó por allí un tío “*nombrista*”, de esos que nunca faltan en las familias, que sin mayores esfuerzos de argumentación y poquísimos trabajos de persuasión, convencimiento y concientización, cambió el nombre de Jhenny por el de “*Pollito*” casi en forma definitiva. Lo de “*casi*” viene a lugar porque como nació con los ojos rasgados y aceitunados, no faltaron los aprendices de “*nombristas*” hijos del de la “*chapa*” original, que le endilgaron otras denominaciones que hacían referencia a lo mismo, pero, diferentes, aunque muy originales, tales como: “*Polliro Takashiro Agakaki*” o sólo el de “*Takis*”.

Muchos años después, en cierta ocasión en que un buen grupo de la familia nos encontramos en el aeropuerto “*Jorge Chávez*” de Lima, para esperar a su padre que llegaba de Brasil, a donde fue a trabajar como ingeniero en una obra grande de construcción civil; y, sobre todo, antes de que él decidiera quedarse allí a bailar zamba para siempre, enfermo de gravedad con una amnesia rabiosa que le hizo olvidarse por completo de sus hijos; Jhenny, ahora convertida en una pudorosa señorita, seguía reaccionando con mayor naturalidad y presteza ante un ¡Pollito! que ante su verdadero nombre.

El colmo ocurrió allí no más y en el mismo aeropuerto. Como Jhenny resultó convirtiéndose en una belleza occidental con los rasgos exóticos y únicos de las féminas de oriente, al cruzarnos con un grupo de turistas japoneses, su tío el “*nombrista*”, o sea, aquel que le endilgó la chapa de “*Pollito*” en Cajamarca a los dos años de edad, le dijo refiriéndose a ellos:

— Mira “*Pollito*”, allí va tu familia... —Después de mirar hacia todos lados, Jhenny contestó con el candor de sus dos años de antaño—:

— Ay tío, pero si yo no veo pollos por ningún lado...

LA SUERTE ES LA SUERTE

Allá por la época en que el “*sol de oro*” era la moneda oficial del Perú y, cuando todavía no llegó a azotar al país, ese flagelo conocido como inflación galopante, con la que Alan García nos agasajó durante su primer gobierno, mi padre político solía obsequiar a mis hijos, que hasta ese momento eran sólo tres, con unos billetes verdes de cinco soles que la gente llamaba “*loritos*” y que ellos, más se demoraban en recibir que en hacerlos chichirimico, comprando en la bodega de “*doña Tomasita*”, que quedaba al frente de la casa donde vivíamos junto a mi madre, unos ricos alfeñiques que en Cajamarca se llaman acuñas.

Una tarde, en las horas en las que el crepúsculo a punto de llegar, casi termina de absorber y convertir en rojiza la poca luz de ese agónico día, y en la que, según cree la gente, todos los gatos se vuelven pardos, mis hijos se encontraban en la casa de su abuela haciendo las travesuras de costumbre. En eso llegó su esposo con la billetera rebalsando de “*loritos*”.

Cuando eso ocurría, por haber tenido suerte con los turistas y otros pasajeros, porque ya para esa época dejó sus quehaceres de chofer de ruta larga para convertirse en taxista, él tenía la “*abueluna*” costumbre de obsequiar a cada uno de mis hijos, a los que quiso tanto o más que a sus propios nietos, con uno de esos billetes, siempre y cuando, se formaran de mayor a menor como soldaditos, para recibirlos.

Sabiendo de qué se trataba, esa tarde los niños ni cortos ni perezosos hicieron en un santiamén lo que su “*abuelo*” les pidió: formar en columna de a uno por orden de edad. Pero el abuelo aquel, como era un fumador empedernido, antes de hacer nada de lo prometido, prendió su acostumbrado cigarro “*Ducal*” y se puso a fumar haciéndose un poco el desentendido. Mi madre entonces —cuando no—, le recordó a su esposo que tenía que cumplir con lo que hubo ofrecido, advirtiéndole que a los niños no se les hace esa clase de bromas pesadas.

Fue entonces que, después de entregarle su respectivo “*lorito*” a Zully, la primera de mis hijas, hurgó en su billetera para sacar otro “*lorito*” y entregárselo a Tania, la segunda, para de allí pasar Dennis, el tercero. Por el humo del cigarro que tuvo que dejar en la comisura de sus labios o sabe Dios por qué otro tipo de confusión, resultó entregando a Tania, no un billete verde de 5 soles sino uno “*celestecielo*” de 50 mangos. Al percatarse del terrible error que acababa de

cometer y con el afán de recuperar sus cincuenta soles, porque obsequiar a un niño cincuenta soles no estaba entre sus planes, le dijo entonces a Tania:

— Oye Taniuskita, trae pa' cá esos cincuenta...

Sin dejarle terminar la frase y mostrándole sus dientecitos ralos de 4 años de edad, en la más pícara de sus sonrisas, Tania le contestó:

— ¡La suerte es la suerte Gonshita!

LLEGARON LOS MORMONES...

Como asesor académico de un Sistema Educativo propio, constituido por más de ocho “*colegios*”, cada uno con los niveles de inicial, primaria y secundaria, que la valiente Fuerza Aérea del Perú tiene hasta hoy —como “*sistema*”, no era tan grande ni tan pequeño como a simple vista podría suponerse—; solía realizar frecuentes visitas de supervisión y capacitación, a los colegios que funcionaban en las villas militares, construidas para albergar a las familias de sus oficiales y sus técnicos, en todos los lugares que contaban con bases aéreas.

La primera vez que estuve en Talara, fui en compañía del “*director de Provincias*” y de dos contadores públicos. Como en esa parte del norte del Perú siempre hace calor, todos sin excepción fuimos vestidos con nuestros uniformes de verano: pantalón azul de gabardina, camisa blanca manga corta de popelina y corbata también azul, del mismo material que el pantalón.

Los dos contadores además de ese atuendo, llevaban cogidos de sus manubrios, sendos maletines tipo “*James Bond*”, en tanto el director de Provincias y yo, íbamos

con algunos libros y fólderes bajo del sobaco. Casi al llegar al Colegio escuchamos que un niño le comunicaba, casi a gritos a su madre, sobre nuestra presencia:

— ¡Mami, mami!... ¡Ya llegaron los mormones!

Tal situación nos resultó no sólo hilarante, sino que dio motivo a que durante todo el resto de nuestro viaje por esos rumbos nos tratáramos de “*hermano*”. Así, el “*director de Provincias*” ya no era el profesor Marino Sánchez Rubio, sino el “*hermano Marino*”; el contador público Juan Salvador pasó a convertirse en el “*hermano Juan*”, yo pasé a ser el “*hermano Alfredo*” y el otro contador pasó a ser el “*hermano Andrés*”, tal como lo hacen los gringos que, por esos parajes y desde hace más de 50 años, vienen “*convirtiendo*” los hogares católicos tibios, en hogares protestantes recalcitrantes, como una estrategia efectiva que usan los jóvenes para eludir tener que ir a las “*guerras santas*” en las que siempre anda metido el país del “*tío Sam*”, para poder vender las armas que fabrica en una de sus industrias más importantes.

Desde la anécdota de Talara ya referida, han pasado ya mucho tiempo y el único que conservó por muchos años ese “*chaplín*” fue el contador Juan Salvador, no por “*salvador*”, precisamente, sino por molestarse las veces que le hicieron chacota cuando se recordaba en los grupos de amigos el “*incidente de los mormones en Talara*”.

EL DULCE SABOR DEL DESPECHO

“Una novia de rostro radiante e iluminado con iridiscencias inverosímiles, vestida para la ocasión con sus mejores galas, ataviada con unos ramos de flores de ensueño y una sonrisa de plena felicidad y complacencia que se fue diluyendo como la espuma al paso del tiempo, se quedó en la iglesia “*Belén*” de Cajamarca, así vestida y alborotada...” —narró la conductora del noticiero de la televisión al día siguiente—.

— ¡Genial! —se dijo para sí el despechado—.

SABIDURÍA ABUELUNA

Mi abuela que al quedar viuda a los 39 años con 8 hijos todavía para terminar de criar, cada día se las tuvo que ingeniar para estirar el poco dinero que llegaba a sus manos. La vez que le pedí diez centavitos para comprarme dos alfeñiques, sabia y taxativamente me denegó el pedido diciéndome:

— ¡Ayy hijito!, querer es natural, el no poder es fatal.

A MAMAROA... NO SE PEGA

Fue el año de mil novecientos cincuenta y cinco cuando Alfredo Izaguirre González, de doce años de edad, llegó a Cajamarca procedente nada menos que de la mágica selva peruana. Ese fue el año en que dejó a su abuela Isolina, con quien vivió hasta esa fecha, para venir a residir junto a su madre que, para ese entonces, tenía ya tres hijos de Gonzalo Cabanillas Chávez con quien contrajo matrimonio en Lima, después de tener a Alfredo, a los dieciocho años de edad como madre soltera allá en Moyobamba.

Nada de especial tendría ese acontecimiento si no fuera porque, ese año en particular, Alfredo recién conoció a su hermana Dora Isabel; a quien, hacía no más unos meses, le hubieron operado en el Hospital del Niño de Lima, de una pequeña protuberancia ósea, que comenzó a brotarle como si fuera un “*cachito*” en su frente, más o menos por las inmediaciones superiores de su sien derecha. A es fecha sólo le quedaba una vieja cicatriz, para recordarnos de ese difícil trance de su vida.

A consecuencia de ello, la primera recomendación —con característica de decreto ley durante gobierno de facto—, que oyó entonces Alfredo de parte de su madre, fue que su hermana Dora no debería, ¡por ningún motivo!, recibir golpe alguno en la parte de su cabeza que fue sometida a esa operación y, que todos sus hermanos, comenzando por él que era el primero y el mayor de todos, deberían de cuidarla para que eso no ocurra jamás.

A sus otros hermanos: Luis, Celina y Jorge, Alfredo los conoció cuando su madre, en el mes de diciembre del año de mil novecientos cincuenta y tres, llegó a Moyobamba con la idea de “*quedarse a vivir allí para siempre*”, procedente de Tarma, donde trabajaba su marido de chofer en la empresa de transportes “*González*” que, por ese tiempo, conducía pasajeros de ese lugar a Lima y viceversa.

La madre de Alfredo tuvo que hacer este viaje, según dijo ella misma al llegar al poder de su madre, doña Isolina Escalante porque tuvo algunos problemas —prematuramente declarados como insalvables y sin solución— con el padre de sus hijos que, por esa única vez, anduvo sacando los pies fuera del plato, al andar en locos amores con una prima suya de Celendín, que llegó a Tarma procedente de La Merced, dizque para trabajar en lo que fuera.

Dora Isabel debido a la delicada operación en la cabeza que le practicaron en Lima y, quizás por ser la primera hija de su padre, comenzó a engreírse ella sola,

más por sus propias conclusiones que por los consentimientos de aquel, que andaba ahora viajando de Cajamarca a Trujillo como chofer de los ómnibus de la Empresa Díaz.

Dora no fue a Moyobamba aquella vez con su madre, porque tuvo que quedarse interna en Lima con su abuelita paterna, para recibir un tratamiento específico para su falta de peso, en la “*Climática de Magdalena*”, a donde ingresó teniendo a su prima Rosa de acompañante, dos años mayor que ella, sin tener enfermedad alguna que pudiera serle diagnosticada, ni mucho menos muestras de desnutrición, porque estaba brillando de gordita a consecuencia de tener la salud completa.

En Cajamarca, cuando Alfredo llegó de la selva, su madre conjuntamente con sus hijos Dora, Lucho, Celina y su sobrina Rosa, vivían ya en una casita ubicada en la primera cuadra del jirón El Inca. Alfredo, al verse de repente formando parte de un grupo de cinco traviosos e intranquilos ratones, recordó que su abuela siempre le decía a manera de sentencia: “*un muchacho hijito, buen muchacho; dos muchachos, travesura completa; pero, tres o... más de tres muchachos, el «shapingo» en persona*”. Al diablo, ella lo llamaba de ese modo.

Desde las cinco y media de la tarde, hora del día en que todos esos cinco diablillos, después de salir de sus escuelas y, justo después de tomar su tasa de cuáquer con leche de vaca y cocoa “*D’onofrio*”, acompañado de tres molletes de doña Peregrina y, por supuesto, después de

cambiarse el uniforme escolar, la casa y el jirón El Inca se convertían en un completo manicomio. A esa hora y hasta que anochezca por completo, esos incansables ratones jugaban al “*mata gente*”, “*a la rayuela*”, “*a los chanitos*”, “*a los trompos*”, “*al fulbito*”, “*a la serial*” o... a cualquier otro juego de tipo colectivo y especialmente bullanguero.

Los domingos en la función de matinée, en el Cine “*Ollanta*” pasaban “*La Serial*”, que constaba de una “*cowboyada*” y de uno o dos capítulos de una serie de aventuras, en la que, para que se termine la función, “*el joven*” se quedaba en peligro de muerte. El cine “*Aurora*”, que por aquel entonces quedaba en el jirón Apurímac, a media cuadra del Mercado Central, pasaba también “*una serial*”; pero, mejicana, por lo general de peleas de “*catchaskán*” o de charros, los mismos que emulaban a las películas de vaqueros norteamericanas en inglés. Otro tanto hacía el Cine Los Andes.

Cuando por alguna circunstancia esta tromba de muchachos no podía ir a la matinée a ver “*la serial*”, que por lo general, era la que se daba en el cine “*Ollanta*”, se tenían que contentar escenificando en la casa y en el jirón El Inca, algún episodio que les hubiera impactado más, de las que ya habían visto. Pero eso rara vez ocurría. Alfredo, el hermano mayor de Dora y el que comandaba todas las travesuras de los demás, descubrió una estrategia infalible para hacer que su madre les diera dinero para las entradas.

— A ver “Cri-Cri” —así le trataba el cangrejo de Alfredo a su hermana menor—. Tienes que ir a decirle a la mamá que te dé para las entradas a la matinée. Si no quiere, ya sabes lo que tienes que hacer.

— Ssssi Morena Cri Cri, esso es lo que tienesss que hacer —le animaba su hermano menor “*El Cacaín*”, o sea su hermano Lucho, con las mímicas correspondientes de cómo tenía que hacerse escuchar, mientras que Rosa, Celina y Jorge sólo esperaban el desenlace. Lucho seseaba por tener los dientes incisivos muy separados—.

Bien mandada y mejor aleccionada, Dora entraba por lo general al dormitorio de su madre, donde ella se encontraba escuchando su novela en “*Radio La Crónica*”, y pedía las entradas para el cine de ella y sus cuatro hermanos, primero como una súplica normal y corriente. Pero, ocurría que, como el dinero en esa época siempre era escaso, especialmente si aquella pobre madre tenía que financiar el costo de cinco entradas a “*lateral*”, a razón de un sol con sesenta y cinco centavos por cada diablillo, —porque la entrada a “*platea*” costaba tres soles—, capándolo de los gastos de la semana para el mercado, que con las justas y haciendo milagros alcanzaba hasta el jueves, su madre conciliadoramente le contestaba:

— Este domingo descansen hijitos. Para el otro domingo les prometo que haré algunos ahorritos y separaré para las entradas. Así, podrán irse todos a la matinée.

— No se vale mamá —le argumentaba entonces Dora a su madre—, para el otro domingo ya nos habremos perdido este capítulo y no sabremos si el joven se salva o no. Además, si no voy, mi amiga Chela me hará cachita porque ella nunca deja de ir a la matinée.

— Pero hijita, te digo que esta semana no puedo darles para sus entradas al cine. Son ocho soles con veinticinco centavos los que necesito y eso ya los gasté en mandar poner media suela tanto a tus zapatos de colegio como a los de tu hermano Lucho, que no sé cómo, ustedes dos los gastan más rápido que los demás.

— Ahí si cómo sacas la cuenta tan rápido mamá. Fíjate que sólo te pedimos para “*lateral*” que cuesta la mitad de lo que cuesta la “*platea*” que es donde se van mis amigas de la escuela.

— Pero hijita, te digo que esta semana no tengo...

— Sí pues, y que viva eres ¿no? Como tú no te pierdes ningún capítulo de tu novela de “*El Derecho de Nacer*”, te da igual que nosotros nos perdamos “*la serial*”.

— Pero hijita, pues, entiende, eso es diferente, yo escucho mi novela por radio y no pago nada, lo que quieren ustedes yo lo necesito para comprarles su pan, por lo menos para dos días.

— Entonces, atente a las consecuencias...

Y comenzaba sin mayores prolegómenos a darse de golpes en la cabeza contra la pared, obviamente, cuidándose de no golpearse la parte de la mollera que le

fuera operada. Unos cuántos golpes bastaban para que su madre, casi en un movimiento reflejo dijera:

— ¡Para ya so “*adefesiera*” de golpearte la cabeza! Ahorita les doy para que se vayan al cine y me dejen tranquila por lo menos toda esta tarde.

La pobre madre de Dora no sabía que Alfredo antes de esa entrevista, aleccionaba a su hermana para que se golpee la cabeza por el lado donde no le operaron y, en algunos casos, a que lo haga sobre un abrigo de paño que su madre utilizaba para ir a misa en las madrugadas y que colgaba de un gancho. Lo cierto es que, una vez que Dora recibía las entradas, todos nos íbamos corriendo directo hasta el cine Ollanta.

Sin embargo, como es de verificarse en seguida, toda cosa tiene su lado bueno. Dora fue la que aprendió mejor el inglés al escuchar los diálogos en ese idioma, tanto de la “*cowboyada Durango Kid*” con Gene Lane, como “*de la serial El Gavilán del Desierto*” con Gilbert Roland. Cuando alguno de sus hermanos o hermanas le “*hablaban en inglés*”, en las escenificaciones hogareñas, ella contestaba:

— ¿Wish wash...?, ¡wish wash...!

Por lo general en esas teatralizaciones domésticas, en las que Dora elegía hacer el rol de “*mamá*”, los personajes muchas veces tenían que “*liarse a golpes*”. En todas las ocasiones en que a ella le tocaba una de estas escenas, para que a ella “*no la toquen*”, inmediatamente mezclaba la vida real con la ficción y muy suelta de

huesos y enseñando su cicatriz en la frente, les gritaba a todos sus hermanos:

— ¡A “*Mamaroa*” no se pega! ¡A “*Mamaroa*” no se pega!... —y dicha la sentencia, nadie le podía tocar un solo pelo, qué caray—.

UNA BURRA PA'L MOLINO

Niño todavía; pero igual de colorado que ahora, Roberto Caro Aliaga, natural de Huacapampa —de “*El Torno*” para ser más específicos—, vino con sus padres Medardo y Francisca y el resto de su familia a vivir en Cajamarca, porque su tío Elías Horna Sánchez, invitó a sus padres a mudarse de las faldas del Huasminorco a esta gélida *Tierra del Cumbe*, donde tendrían que conducir a medias con él, un pequeño “*fundito*” que adquirió a buen precio y con riego por estar cerca del río Racras.

El “*fundito*” aquel, comprendía desde lo que hoy son los jirones José Sabogal y El Inca hasta el río Racras, limitando por uno de sus extremos con lo que hoy también es la prolongación del jirón Ayacucho y, por el otro lado, el jirón Cinco Esquinas, llamado así debido a que en su intersección con el jirón Amazonas, le surgió una callecita bullanguera y pueblerina como lo fue por esos tiempos el jirón El Inca y que, en esa misma época también, terminaba después de la Cruz del Molle, justo donde se iniciaba la polvorienta carretera antigua a Baños

del Inca, que serpenteaba por la margen derecha del entonces rumoroso río Racras.

Elías Horna Sánchez, a quien toda la familia le decía “*El Chocho*”, era el esposo de Carolina Aliaga, a la que por el gran cariño que le tenían, le decían “*Caruchita*”. Ésta era hermana de Francisca Aliaga, la madre de Roberto, a quién, por su parte, toda la familia la conocía sólo con el apelativo de “*Panchita*”. Ésta última, por lo tanto, para mayor aclaración, resultaba siendo la cuñada del “*Chocho*” Elías.

Por ese tiempo no existía todavía el populoso barrio de La Colmena, porque sencillamente Cajamarca se terminaba en el jirón Leticia, que así es como se llamaba antes el jirón José Sabogal, el mismo que fenecía sin pena ni gloria en su intersección con la calle El Inca. El jirón Cinco Esquinas terminaba también en el jirón Leticia. Por su parte, el jirón Ayacucho se acababa igualmente en la calle El Inca, una cuadra antes de la Cruz del Molle. Existían sí dos caminos limitados por árboles de taya y eucalipto, que eran como prolongaciones de la avenida El Maestro y del jirón Ayacucho y que llegaban hasta el río Racras, llamado después río San Lucas.

Medardo Caro, según sus propios cálculos, contaba con sus hijos Roberto y los mellizos Wilder y Gilmer, para que le ayuden en las labores culturales de manejo del fundo. Así hubiera sido; pero, resultó que, como Wilder y Gilmer eran menores de edad, tuvo que poner a estudiar a Wilder en la secundaria común del Colegio

“San Ramón” y, a Gilmer, en el Politécnico N° 5, quedándose sólo Roberto como la única mano de obra disponible para las faenas de campo en el nuevo fundo a conducir.

Roberto para esa época era ya todo un jovencito, pues tenía dieciséis años. Pero, además de los hijos ya mencionados, la familia Caro-Aliaga tenía una hija trigueña llamada Bertha, de 18 años de edad, mayor que Roberto y de cuya educación se encargaban ahora sus padrinos *Chucho* Elías y *Carucha*; una hija blanca y rubia como el sol llamada Isabel, menor que los mellizos Wilder y Gilmer, que había comenzado ya a estudiar la secundaria en el Colegio “*Santa Teresita*” y otro hijo, el “*shulca*”, blanco y rubio como Apolo, que todavía estudiaba la educación primaria en la Escuela N° 91.

Dadas las cosas de este modo, Roberto era el único hijo de Medardo Caro que, de todas maneras, tendría que ayudarlo a realizar las labores culturales requeridas en el fundo que éste tenía a su cargo, al partido con su concuñado el *Chucho* Elías. No quedaba otra. Pero esta decisión de su padre jamás fue del agrado de Roberto. ¿Cómo era posible que él no estudiara la secundaria como sus otros hermanos? ¿Por qué tendría que ser él, el único sacrificado de los hijos de don Medardo Caro?

Además, como quedaba dicho que, por ayudarlo de “*claro en claro y de turbio en turbio*” a su padre en la chacra, —según el buen decir de *Don Quijote*, creación literaria del célebre Miguel de Cervantes— no recibiría

en pago ni un miserable sol, Roberto rebelándose contra esta decisión con uñas y dientes, le dijo a su padre, con una convicción y una bravura desconocidas incluso para él mismo, hasta esa fecha:

— Mire pues don Medardo, desde este momento no trabajaré gratis para nadie, ni siquiera para usted que es mi padre. Por lo tanto, para que no tenga que sostenerme ni encararme algún rato el pan que comeré en su casa, ya he hecho los arreglos para trabajar desde mañana en el molino de granos del pariente y paisano huauqueño, al que todos conocen por este barrio como “*Shipo Negro*”, seguramente porque le habrán visto alguna vez, el orificio que sirve al hombre para defecar.

— Bueno pues so hombrazo, si así lo quieres, así será. Pero no me vengas a decir que te echaré en cara el pan que estoy en la obligación, como tu padre, de darte cada día. Así que, anda pues trabaja y hazte hombre de una buena vez, pero aquí mientras yo siga siendo tu padre, tienes tu casa.

Al día siguiente tal y como le dijo a su padre, Roberto comenzó a trabajar en el molino del *Shipo Negro*, desde las cinco de la mañana, labor que se prolongaba casi siempre, hasta cuando todos los que iban a dejar sus granos para la molienda, retiraban su encargo convertido en harina, y eso ocurría, más o menos, a eso de las cuatro de la tarde. En ese molino se molía especialmente trigo y cebada; pero, avisándole al señor “*Shipo Negro*” con la debida anticipación, se podía

encargar moler otros granos tales como: arveja tostada, maíz para chochoca y, papa seca, de esa que sirve para una sopa que, si se toma junto con palta, es una delicia.

Roberto por lo que es de entenderse en función de lo que ocurriría más adelante en ese molino, era una persona muy lista, especialmente en lo que a hacer negocios y ganar dinero se refiere. Era tan avisgado para esas cosas que, tan pronto como logró juntar 90 soles, es decir su sueldo de tres meses en el molino, un lunes pidió permiso alegando que iría al hospital “*Belén*”, para que le curen de un mal estomacal; pero, en realidad se fue a la plaza pecuaria que funcionaba en ese tiempo en unas chacras baldías que existían a un costado de la plazuela del Obelisco —hoy plazuela Bolognesi— y allí se compró una burra medio vieja, con todo el apero para carga, a la que le faltaba ya una muela, en la friolera de ochenta soles.

A eso de las once de la mañana Roberto resultó llegando al molino, bien montado en una burra con aparejo para carga, lista para transportar a sus casas, los costales y costalillos de harina de los que llegaban a hacer moler allí sus granos. Con lo avisgado para los negocios que era, se percató desde el primer día que trabajó en ese molino, que el negocio estaría como a pedir de boca, en el acarreo de la harina molida desde el molino hasta la casa de cada cliente. Resultaba que la mayoría tenía que ir a buscar este servicio donde hubiera, y en esa tarea se demoraban, a veces, hasta dos días.

El servicio de transporte de Roberto Caro sin ser uno de “*delivery*”, porque en ese tiempo no se lo conocía ni cómo término raro, comenzó a funcionar a las mil maravillas desde el momento mismo de su instalación, dejando al “*Shipo Negro*” con la boca más abierta que talalán de Bambamarca. Tan bien funcionaba el negocio aquel; que, en menos de una semana, el colorado bandido recuperó los ochenta soles que le costó la burra y ganó, algunos sencillos más.

Al ver esa inusitada beta de ganancias, el “*Shipo Negro*” ni corto ni perezoso, ofreció comprarle la burra a Roberto en ciento cincuenta soles. Éste le aceptó esa oferta, con la condición de que le permita continuar trabajando en el molino. Tan pronto llegó el día en que funcionaba la plaza pecuaria, Roberto se compró una burrita tierna pero fuerte en ciento veinte soles y, cómo el trato de seguir en el molino lo arregló bien, continuó trabajando allí alquilando su burrita a los clientes para que ellos mismos transporten, esta vez, los granos para harina que tuvieran que traer desde sus casas o, a veces, desde sus chacras.

— Cholito grajiento, otra vez me acabaste de avivar. Como ya pue no me di cuenta de que allí estaba el negocio. Eso de alquilar la burra para que el mismo cliente traiga sus granos al molino, por el mismo precio que cobrabas por llevarles su harina, eso sí que esta buenazo —le dijo el “*Shipo Negro*” a su sobrino Roberto Caro, moviendo la cabeza y queriendo indicar con eso, el

buen negociante que era este su sobrino colorado, y lo buen burro que era él—.

— Que conste tío que el que me ha propuesto comprarme mi burra anterior fue usted. Yo... cómo ya pue me hubiera podido negar. Usted es mi patrón. Ahora, para no hacerle la cochina competencia, es que me agarré el otro ladito del negocio y así... todos en paz.

Pero allí no quedó adormilada la habilidad de hacer dinero por parte de Roberto Caro. Observó que la gente, especialmente del campo y de la otra también, cuando traía sus granos para ser molidos en el molino, lo hacía en costales muy deteriorados, completamente viejos y hasta sucios. Fue entonces que, atisbando una nueva posibilidad de ganarse algo, fue hasta las panaderías existentes en Cajamarca en ese entonces.

Estas fábricas de pan compraban de la costa, harina blanca y refinada “*El Sol*” en costalillos y se quedaban con ellos en rumas apiladas como cualquier cosa al lado del horno, sin saber qué uso darles. Roberto les ofreció entonces comprarles los costalillos al por mayor, es decir, en cientos. Como por unidades los panaderos vendían sus costalillos a cincuenta centavos, Roberto les ofreció 40 soles por el ciento. Lo cual aceptaron de inmediato.

En el molino, Roberto comenzó a vender los costalillos a un sol, ganando en cada uno, nada menos ni nada más, que sesenta centavos “*por cada costalillo nuevo y para estrenar*”, como el mismo, en broma les decía a sus clientes, al que podían reusar hasta acabarlos.

— A este paso, este colorado bandido va a terminar comprándome el molino y me va a poner a mí como su “chulío” —se dijo el “*Shipo Negro*”, muy preocupado, viendo su futuro cercano como algo premonitorio, así que lo mejor para mí va a ser que lo despida del trabajo—.

Y eso hizo, pagándole una indemnización por el tiempo que había trabajado con él, para asegurarse que no le reclame nada y más que todo, por haberle abierto los ojos con los negocios que Roberto ya los tenía instalados y funcionando a las mil maravillas, allí en el molino. También tuvo que comprarle la burra tierna y una tracalada de costalillos que allí almacenaba para su venta; pero, qué más daba, a un sol cada uno, que pagó sin chistar. Total, lo que él quería era librarse para siempre de este imberbe pero diligente joven negociante, tan pronto como pudiera.

A esa fecha, Roberto ya hubo ganado dinero suficiente como para mandarse cambiar a Lima por su propia cuenta. Allí consiguió trabajo de dependiente en una tienda de venta de ropa y otros productos textiles de propiedad de un familiar *shilico*. Estando allí, comenzó a estudiar la secundaria en la sección vespertina del colegio “*Mariano Melgar*” de Breña, que quedaba cerca a la casa donde él vivía. Luego, se supo que viajó a la selva, donde muy pronto se convirtió en comerciante mayorista de abarrotes, después de pasar por la experiencia de trabajar de guardia civil unos cuantos años, que le sirvieron para ubicar donde podía instalar sus nuevos negocios.

CADA UNA EN SU TIPO

La última de los tres hermanos de madre que Alfredo Izaguirre tuvo en esta vida, nació más blanquita que los otros tres que le antecedieron en su llegada a este mundo. Aquellos hermanos eran en total cuatro, dos mujeres y dos varones, pero fabricados en forma intercalada, siendo el primero de ellos varón. La segunda, mujercita ella, salió morochita como su padre. El tercero fue otra vez blanco y de ojos claros y, la cuarta y última, salió tan hermosa y blanquilla como un melocotón maduro, al que en Cajamarca se le conoce solo como *“blanquillo”*.

Cuando estos niños alcanzaron cierta edad, las visitas de la familia que llegaban hasta la casita del jirón El Inca N° 15, procedentes en su mayoría de Huacapampa o de Lima y, a veces desde Moyobamba o Trujillo, solían fijarse en lo bonita que era la última de la camada y que tenía por nombre Celina, ni más ni menos como se llamó su abuela paterna fallecida hacía ya muchos años en la capital de la república y al que todos

por ser el tronco del que procedían le llamaban cariñosa y respetuosamente “*Mamá Celina*”.

El número 15 de la casita del Jirón El inca, fue el que le asignó a aquella vivienda la Municipalidad de Cajamarca, en su primer intento por numerar las casas de sus calles y estuvo hecha en latón con los números pintados con esmalte negro. Para Ida Isabel, la madre de estos niños, eso le significó un gran alivio, porque a partir de allí el cartero ya no se equivocó nunca de casa al tiempo de dejar la correspondencia, lo cual sucedía los lunes de cada semana.

En esa casita ocurría también, que siempre que llegaban los parientes de visita o como huéspedes, las más de las veces desde Huacapampa, que por naturaleza eran algo más embelecados y simplones que los de los otros lugares, se fijaban más en la tersa blancura de la niña con piel de melocotón y sin medir bien los alcances de lo que comentaban, solían soltar perlas como las siguientes:

— Qué linda ya pue te ha salido esta ultimita, prima Idita. Es una hermosura de niña y por lo que se ve, es la mejorcita de todos tus hijos. A ver pue, tu Dorita te ha salido algo negrita, como es de verse —y lo decían en su ingenua creencia de que la blancura, era sinónimo sin más vueltas que darle, de belleza y hermosura—.

Como para una madre todos sus hijos, por igual, son lindos y bellos; pero, claro, sin querer darles la contraria a sus huéspedes que, además de ser medio embelecados y simplones, tenían la dichosa costumbre de sentirse

ofendidos por la menor cosa, con más facilidad de la que se ponían a lanzar sus opiniones, sin más fundamentos que sus viejas tradiciones judías en sus lejanos ancestros, la mamá de Celina respondía conciliadoramente:

— A todos mis hijos yo los veo lindos, primito Pelayo. Fíjese que hasta al cabezoncito de mi hijo mayor lo encuentro buen mozo; pero, claro, la ultimita según todos me lo hacen saber, creo que me ha salido un poquito más “*retocadita*” y pulidita que todos mis otros hijos. Como quien dice que la moldura de fabricación se ha ido mejorando.

— A tu última hijita, pa’que pue primita, muy lindaza la has fabricau —luego el visitante aquel señalándola con su dedo índice aclaraba taxativamente— Estita va’ser reina, va a ser reina. Ya lo verás.

En ese momento, a un costado de la sala en donde se desarrollaba esta pintoresca conversación estaba Dora, la segunda de los vástagos de doña Ida Isabel. Estuvo allí desde antes que llegara la visita aquella, y cuando comenzó la conversación anterior se quedó allí escuchando callada y sin intervenir: Total, le habían enseñado muy bien que en conversación de mayores no meten su pico los menores. Pero, estar callada era completamente inusual en ella y en eso de morderse la lengua y quedarse en silencio ante una afrenta como la que acaba de escuchar, es decir, no aclarar el entuerto aquel, era tan imposible que ocurriera como que, de repente, la tierra fuera plana o cuadrada.

Dicen que en cierta ocasión, cuando una monja dominica del colegio donde estudiaba Dora, la pescó infraganti “*loreando*” sin parar y sin medida en su clase con su compañera de carpeta, a la que por lo que es de verse, también le gustaba el parloteo, no le agradó aquella faena y, para reprenderla y escarmentarla, la monja aquella la sacó al frente de la clase y la amenazó con cortarle la lengua, por habladora claro está, ante lo cual con su desparpajo de siempre, también dicen que ella le contestó:

— Qué... ¿por hablar dice usted que me va a mandar cortar la lengua? ¡Ay madre!, si tal cosa ocurriera, ¡prefiero la muerte!, ¡prefiero la muerte!...

Por eso, como quien no quiere que la escuchen; pero, con el suficiente volumen en su timbre de voz para que ocurra lo contrario, ésta comentó:

— Todos los que ven a esa “*blanquiñosita*” de mi hermana Celina dicen que es la más bonita de las dos, pero yo les digo que: “*cada una en su tipo*”.

La frase aquella de Dora se hizo célebre en la casa en menos que canta un gallo y para cualquier cosa donde hubiera que dirimir algo, por allí salía estentórea como el canto de cualquiera de los gallos que por allí estuvieran de pura casualidad: “*cada una en su tipo*”.

Cuando Celina ya estuvo más grandecita y comenzó a asistir al jardín, al tener que salir allí en una actuación teatral disfrazada de pollito, la tuvieron que vestir de amarillo y encima le cortaron el pelo muy cortito. La vez

que se probó el hermoso vestido “*amarillo pollito*” y, salió a la sala de la casa para que toda la familia la viera con el disfraz, mientras ella hacía los revoloteos que hubo ensayado, Alfredo, su hermano mayor, sin dudarlo un solo momento le dijo como una sentencia:

— Uyy hermanita, ahora si estás igualita a “*Piolín*”. Ojalá no te coma el gato Silvestre tan pronto te vea...

Y Celina... de “*Piolín*” a secas, o de “*Piolincita*” con cariño, se quedó para siempre. Y como era de esperarse desde el comienzo, el “*chaplín*” ese no le gustó para la maldita cosa. Cuando su hermano Alfredo la trataba con ese apelativo se enojaba a morir, pero como él era el hermano mayor no le amenazaba como hacía con Lucho, al que casi muerta de cólera le apostrofaba:

— ¡Te voy a matarr! ¡Te voy a matarr! —y comenzaba a perseguirlo, supuestamente para hacer efectiva su amenaza, pero cuando llegaba a estar lo suficientemente cerca de él, “*el gran cocacho matador*” se convertía apenas en una especie de roce con la puntita de sus dedos.

De eso, un veinticuatro de junio, cuando ya pasaron por lo menos “*mil años*”, se le ocurrió a Celina llamar por teléfono desde Lima donde ahora ella vivía, a la casa de su cuñada Rosa que a su vez vivía en Cajamarca, para felicitarla por su cumpleaños. El teléfono lo contestó Piero, nieto de Rosa y de apenas seis años. Cuando el niño preguntó quién llamaba, Celina le dio su nombre, pero al darse cuenta que el niño no daba quién era con ese

dato, inmediatamente y como chispazo se le prendió el foco de la creatividad y le aclaró al pequeño sobrino:

— Soy tu tía “*Piolín*”, hijito...

— Ahora si ya sé quién eres, tía...—le contestó Piero, luego agregó con seguridad—: con quién quieres hablar tía “*Piolincita*”.

— Con tu abuelita Rosa, hijito. Pásame con ella por favor. Quiero saludarla por su cumpleaños...

PALOMITA MADRUGADORA

Moyobamba por aquella época, era ni más ni menos que un pueblo algo más grandecito que sus distritos de Calzada, Habana, Soritor, Yantaló o Jepelacio, que lo conformaban como el pueblo más grande que era, como la capital de la provincia de ese mismo nombre, que también era y sigue siéndolo, claro, y por supuesto, como capital del Departamento de San Martín. Sin mencionar que fue fundada como capital de la Comandancia General de Maynas, nada más, ni nada menos.

A diferencia de sus distritos, en los que se hacía mercado sólo los domingos desde las cinco hasta las siete de la mañana —para comprar carne de chanco si es que se llegaba antes de que se acabe—, en la capital de la provincia, o sea en Moyobamba, el mercado de abastos funcionaba todos los días de la semana; pero, sólo desde las cuatro de la madrugada hasta las 8 de la mañana.

Si usted por cualquier circunstancia resultaba yendo al mercado pasados unos minutos de esta hora, ya no encontraba más que a las vendedoras limpiando sus

puestos de venta y alistando sus bártulos para irse a su casa, y de allí, posiblemente a su chacra. Así eran las cosas en esos tiempos que ahora solo son historia.

— Pero desata ya pue tu envoltijo para que me vendas dos *tishelas* de *frejolito huasca* para mi *poroto shirumbe* de hoy, mujer de Dios...

— Que hay de ser ya pue don Rogelio, ya lo he asegurado bien a los frejoles que me han sobrado y, por dos *tishelas* pa' que ya pue me voy a dar tanto trabajo.

— Y cuantas *tisheladas* de frejol ya pue tienes Cunshe, por Dios.

— Lo menos quince

— ¡Ya!, te compro entonces las quince *tisheladas* que dices que tienes de *frejolito huasca* —y recién entonces podía hacerse la transacción comercial, si de no, nada podía ocurrir—.

La carne de res era muy escasa. En contrapartida, la de cerdo abundaba. Si se quería conseguir carne de res, no quedaba otra que madrugar y hacer cola desde las cuatro de la madrugada, para poder a las cinco en punto, comprar hasta un kilo de la preciada proteína. Si se quería conseguir dos kilitos, dos personas de la misma familia tenían que hacer la consabida cola, con lo cual, podían comprar hasta un kilo cada una de ellas, si es que el carnicero no las reconocía como integrantes de la misma familia o, si reconociéndolas, se hacía el loco, lo cual solía ocurrir muy a menudo. Total, si es por allí no andaba el inspector municipal, eso se podía hacer.

Así estaba bien especificado en la ordenanza municipal y... ¡nadie podía transgredirla! Junto con la carne de res convenientemente cabeceada con un buen porcentaje de hueso dizque de “*manzana*” para mejorar el sabor del caldo, se podía comprar una lengua completa para un buen estofado, que no venía sola sino bien acompañado de algún buen pedazo de “*tongoro*” o de “*gorgüero*” que no servía ni para darle al gato. También la carne solía venir acompañada de un buen pedazo de hígado, dizque para un bistec encebollado; pero, con cebolla china, porque de la otra no había ni para remedio; o para un buen “*saltadito*” si el antojo de alguna embarazada fresca así lo quería. Lo más triste era que la carne venía acompañada de vísceras, como las panzas que son cuatro en una vaca o de tripas para el “*cau cau*” y, ahí quedaba todo.

Una hermosa moyobambina, de tanto ir a hacer la dichosa cola a las cuatro horas del día, dejando a su marido bien abrigado en la cama, el mismo que, por su parte, tenía que ir a la chacra a las seis a más tardar, para volver a almorzar su caldo y su guiso de res a las dos de la tarde; resultó haciendo amistad con un jovencito menor que ella, pero de muy buena pinta y buena labia y, como suele ocurrir en esta laya de cosas, pasado algún tiempo que no fue muy largo, después del mercado, ambos comenzaron a darle gusto a sus instintos en la casa de ella, con la seguridad de que el marido de ésta ya se había ido a la chacra como acostumbraba hacerlo a diario.

Como la joven era algo “*dormiloncita*”, el chico de sus locos amores al pasar por su puerta para ir a hacer la cola para la carne en el mercado, lo hacía cantando con tonada de pandilla sanjuanera el siguiente verso:

Palomita madrugadora
ya es la hora, ya es la hora

Ese momento la mujer se aventaba de la cama, se alistaba como podía y se iba a hacer la cola para la carne, en donde su amor ya le tenía reservado un sitio que él diligentemente se encargaba de guardarle.

Todo iba bien en el triángulo amoroso. El marido de la mujer vivía feliz porque podía quedarse a dormir un poquito más, con la seguridad de que su mujercita se iría a las cuatro de la madrugada a hacer la cola respectiva y asegurar la compra del kilo de carne consabido, con el cual ella haría para los dos, un sabroso caldo con su yuca y sus hojitas de repollo, aderezado no más con “*siuca culantro*”, además del consabido estofado de res con su arroz y su porotillo. El jovencito por su parte, sabía que a partir de las seis y media de la mañana podría ya saborear a su gusto las delicias de la otra carne que su nuevo amor le ofrecería con alegría, y la mujer del chacarero, pues... qué no iba a estar contenta si podía comer a doble cachete los manjares de venus.

Hasta que uno de esos días, el marido de la mujer llegó a enterarse con pelos y señales, de lo que ocurría después de la cola para la carne, tan pronto él alzaba vuelo para irse a la chacra. Para castigarla como se debe,

pues, eso de llevar dos pesados cachos es muy agobiante para un hombre que se respete, como solía hacerse en esos casos y en esos tiempos, haciéndose el que no sabe nada, le pidió a su mujer:

— Amorcito, ahora a las dos de la tarde, que es la hora en que regreso de trabajar en la chacra, quiero que me esperes en la cocina bien bañadita y desnuda sobre una frazada que tenderás en el suelo cerca del fogón. Desde hace tiempo estoy queriendo satisfacer esa fantasía de amor. Dirás que es una locura, pero así son estas fantasías. Así que no me negaras la posibilidad de satisfacer este mi deseo secreto ¿no es cierto mi amorcito?

— Como ya pue no voy a poder hacerte ese gustito mi querido esposo. Porque así es pue la vida, a veces tenemos nuestros antojitos; pero, cuando hay amor de por medio entre un hombre y una mujer, malo sería que una mujer no le pueda complacer rico, rico, a su pareja. —Le contestó su mujer fresca como una lechuga, todo zalamera y melosa como suegra contenta con su nuevo yerno, y lo que es peor, sin un atisbo de culpa en su radiante semblante—.

— Esa es mi “*warmi*”, buena gente con su marido —le respondió aquel, como darle una palmadita muy cariñosa en la nalga—.

Y en eso quedaron. Tan pronto llegó a su casa el chacarero burlado, encontró que su mujer la estaba esperando echada y desnuda sobre la frazada tendida en

el suelo tal y como se lo hubo pedido, ante lo cual él se desvistió con cierto apuro y en lugar de acostarse con ella, cogió un tizón ardiente del fogón de al lado y trató de introducirlo en la dulce intimidad de su joven mujer.

Ésta, aullando de dolor y con el monte de venus casi chamuscado por completo, corrió al cántaro de agua y apagó el incendio. Hasta que ella haga eso, el marido cogió su ropa y, a medio vestir, se fue corriendo a su chacra en donde, de antemano, ya se hubo preparado para “*mansionar*” y pasar allí el tiempo que fuera necesario.

Ese naciente día, un poquito más tarde que las cuatro de la madrugada, la joven mujer oyó otra vez la canción de su loco amor que le decía:

Palomita madrugadora
ya es la hora, ya es la hora

Frente a lo cual, y al no encontrarse su marido junto a ella, con cierta pena y melancolía le contestó, también cantando:

Palomita chamuscada,
no puede ahora, no puede ahora

PA'NAIS

En la sierra, y al parecer en todo el Perú, a las mujeres que llevan por nombre Isabel les dicen “*Chabela*”; pero, por lo general prefieren “*Chabuca*”. La Chabuca de este cuento nació en la Maternidad de Lima, pero sus padres eran *shilicos*, es decir, oriundos de la provincia “*castellana*” de Celendín. La madre de ella, Luzgardes, nació en “*El Torno*”, un centro poblado que está casi pegado al pueblo de Huacapampa y que se yergue airosa y arrogante, en las faldas del pintoresco cerrito de Huasminorco. Su padre en cambio, era de “*Guañambra*”, ubicado a su vez muy cerca de Celendín, pero perteneciente como “*El Torno*”, al distrito de José Gálvez cuya capital es Huacapampa.

Ocurrió que antaño, un numeroso clan de judíos sefardíes, fue expulsado de España por el Rey de ese entonces Felipe II “*El Hermoso*”, consorte de Juana “*La Loca*”, debido a que se le volvió impagable una deuda contraída por sus suegros la reina Isabel de Castilla y el Rey Fernando de Aragón, llamados los Reyes Católicos. Algunos años después de asumir el trono, al morir la

Reyna Isabel y libre también de su suegro Fernando de Aragón, al fallecer también este, no le quedó más alternativa que encerrar a su esposa Juana —acusándola falsamente de “*loca de remate*” —, en uno de sus castillos para así poder gobernar solo y a su gusto.

Según se cuenta, la Reyna Isabel contrajo esa cuantiosa deuda con un grupo de judíos prestamistas sefardíes, después de empeñarles sus joyas personales, para financiar los viajes que desembocaron en el fabuloso descubrimiento de América por el navegante genovés Cristóbal Colón. A este gran acontecimiento le sucedieron la toma militar de Granada y la expulsión definitiva de los moros del territorio español, campaña histórica de guerra que acabó también con su capacidad de pago a los sefardíes, por lo que su deuda, con los intereses y los intereses de los intereses, sumados al capital prestado, se volvió astronómica, muriendo sin poder ni siquiera amortizarla.

Felipe II al tener sus propias guerras, que no fueron pocas sino muchas; pero, sobre todo, al no tener ya cómo pagar a los sefardíes la deuda de guerra contraída no por él sino por sus suegros, para no aparecer ante la realeza europea como un soberano tramposo e injusto, pactó con ellos para que, con el permiso real correspondiente: una cédula real firmada y sellada por él, ellos mismos se expatriasen al Perú, en el nuevo mundo, país de ensueño y tierra mágica de riquezas incalculables, donde podrían hacerse pago de su deuda con tierras y otras riquezas que pudieran encontrar, hasta cubrir no sólo el capital prestado a sus suegros los “*reyes católicos*” sino,

también, hacerse pago de una vez por todas, de los intereses devengados a la fecha y, hasta los sobre réditos de los réditos, como ellos acostumbraban cobrarse.

Los judíos sefardíes al no disponer de una solución mejor a sus desgracias, aceptaron el trato y después de cruzar el Atlántico en barco, llegaron primero al puerto de Cartagena de Indias que más tarde sería llamada "*La Heroica*", en lo que sería el virreinato de Nueva Granada y que ahora es Colombia. De allí se trasladaron por tierra en un penoso viaje hasta la costa oeste de Panamá, desde donde por barco otra vez, viajaron primero hasta el Callao —puerto en el cual el Virrey del Perú de esa época no les permitió ni bajar de su barco— y de allí, aprovechando que su mismo barco regresaba a Panamá, viajar hasta Pacasmayo, puerto que, por ese entonces, era apenas una caleta refundida en la inmensidad de aquel litoral desconocido. Allí hubieran podido quedarse porque nadie les prohibió desembarcar, pero se enteraron que todas las tierras disponibles por allí y los alrededores ya tenían dueño.

Sin embargo, para su suerte, allí en Pacasmayo también les informaron que en la sierra de Cajamarca existían en calidad de baldías y sin dueño conocido, cuantiosas y ubérrimas tierras que ningún hispano todavía había reclamado como suyas. Animados por esta noticia hicieron por tierra y siguiendo la cuenca del río Jequetepeque, el largo viaje hasta Cajamarca donde, para su mayor tristeza y decepción, no hallaron ningún pedazo de tierra libre ni mucho menos sin dueño. Pero allí, esta vez para acabar para siempre con su mala suerte, les

dieron a conocer que camino hacia las selvas donde decían que se hallaba “*El Dorado*”, había muchas tierras que nadie hasta la fecha había reclamado como suyas.

Otra vez hicieron, una vez más, un largo y penoso viaje por tierra. Al pasar la cordillera de Cumulca y ya desde Quillimbash, otearon en el horizonte hermosos parajes, formado por terrenos de altura y de valle. Allí decidió la mayoría afincarse y adoptar esa tierra como su nueva patria. El reparto de los grandes lotes para fincas se hizo de acuerdo con el monto aportado para los préstamos que les hicieran a los Reyes Católicos de España.

A los que no aportaron nada pero que igual fueron deportados, les asignaron lotes más pequeños y, muchas veces, en tierras de secano. Al lugar en donde la mayoría de judíos sefardíes se quedó posesionado de su nuevo terreno, acordaron ponerle por nombre “*Celendín*”.

A los otros lugares, donde como pudieron lograron establecerse el resto de aquellas familias desterradas de la península, no les cambiaron de nombre. Muchos se posesionaron de tierras en Guañambra, otros llegaron hasta Huacapampa y Lucmapampa. Muchos otros más se posesionaron de enormes lotes de terreno en Sorochuco, Huasmín, Oxamarca, Chalán y el Utco, éste último, camino ya a las playas del Marañón.

Hasta donde se sabe, nadie quiso apropiarse de los terrenos del Huauco, porque la mayoría de ellos estaban ubicado en cerros o jalcas y porque, en ese tiempo, Huacapampa estaba separada del Huauco por una colosal laguna. Sin embargo, sin que supieran cómo y entre

gallos y medianoche, una mañana aparecieron ocupadas todas esas tierras por un grupo de inmigrantes de origen portugués que llegaron hasta allí por el Amazonas.

Desde esta ocupación de tierras por los inmigrantes portugueses, se estableció entre ellos y los inmigrantes sefardíes provenientes de España, una sorda lucha a veces racial, otras veces religiosa y, las más de las veces, por la posesión de mejores tierras. Por ese tiempo, por acuerdo de ambos, dejaron una buena cantidad de tierras de altura para pastizales de uso común. Por ese detalle, a esa parte de terrenos de jalca se le llamó simplemente “*El Común*”. Allí, las peleas entre ambos grupos resultaron pan de cada día por el usufructo de los pastizales, hasta que, finalmente, después de llegar el pleito a los tribunales de la Corte Superior de Justicia de Cajamarca, se dio por concluido el asunto gracias a un antiguo documento al que se conoce como “*La Capacha*” y en el cual aparecieron, como por arte de magia, señalados los límites entre las posesiones de ambas comunidades.

Con el paso del tiempo, al aumentar casi sin control los miembros de las familias y, después del consabido reparto cuando los hijos que se hacían de sus propias familias, las finquitas de terreno se convirtieron primero en minifundios y, después, en minúsculas parcelas que comenzaron a expulsar sin misericordia a los integrantes jóvenes de esos nuevos grupos familiares. Esta vez los éxodos fueron hacia la selva umbría, comenzando por las playas ribereñas del río Marañón; y, por supuesto, hacia la capital de la república, que para ese entonces era una mina donde todo el mundo podía encontrar trabajo.

Así fue como Eleodoro, el padre de Chabuca, viajó desde Guañambra hasta Lima, para enrolarse en la Guardia Civil. Así fue como su madre Luzgardes, se fue a trabajar como auxiliar de enfermería en la Maternidad de Lima. Así es como Gonzalo, hermano mayor de Luzgardes, llegó a trabajar de obrero en el cementerio Presbítero Maestro, también de Lima y, así es como María Ida llegó desde las selvas de Moyobamba, para trabajar de auxiliar de enfermería en la clínica Anglo Americana, de la que ya comenzaba a hacerse una populosa ciudad: Lima.

Como de esta última sus ancestros: el padre y la madre al igual que ella misma eran de Huacapampa, por esos azares muy propios del destino, no demoró mucho en conocerse y de reconocerse como parientes con Luzgardes y con Gonzalo; quienes, junto con sus hermanos y su madre, vivían en una casita de quinta de la cuadra catorce del jirón Ancash, en Maravillas, los Barrios Altos de Lima.

Sin que nadie lo pudiera impedir, Gonzalo y María Ida a pesar de ser parientes cercanos, resultaron ennoviándose y casándose a las apuradas, porque un encargo ya les venía en camino. Luzgardes y Eleodoro, por su parte y hasta esa fecha, tuvieron una hija a la que le pusieron por nombre Isabel, en honor a la madre de Eleodoro que se quedó en Guañambra. Casi al mismo tiempo, Gonzalo y María Ida también tuvieron la suya, a la que llamaron Dora Isabel. Como a la primera Isabel comenzaron a llamarla simplemente Chabuca, la segunda se quedó solamente como Dora.

Como todos vivían apercollados en la casita de la quinta de la cuadra catorce del Jirón Ancash, los niños recién nacidos que incrementaron la ya numerosa familia —a diferencia de los adultos que aprendieron a vivir en paz desde un comienzo—, cuando comenzaron a hablar y caminar, peleaban frecuentemente por la posesión de cualquier adefesio que por allí apareciera.

En esta situación, los padres de Dora, debido a sus bajos ingresos porque por ese tiempo ningún marido que se respetara permitía que trabaje su mujer, al tener que vivir sólo con la paga de obrero de éste, tuvieron que hacerlo dentro de una obligada austeridad. Los padres de Chabuca, en cambio, sólo por ser este Guardia Civil —ya que tampoco permitió que su mujer trabajara—, tenían una mejor condición de vida que, en la cotidianeidad, se tradujo en la compra de algunas frutas, chocolates y otras golosinas para Chabuca.

En una de esas ocasiones en que Dora y Chabuca comenzaron disputarse la posesión de una golosina, Luzgardes la madre de Chabuca, con gran espíritu de equidad, trató de enseñarle a su hija a compartir lo que tuviera con Dora, su prima hermana.

— Hijita, tu prima Dorita es como tu hermanita, lo que tienes debes de compartirlo con ella. No se come las cosas uno sólo, se comparte. No hay que ser miserables. Así que dale un pedazo de la manzana que estás comiendo a tu primita.

— No.

— Te he dicho que tienes que compartir con ella.

— Y yo te digo que no, Luzgardes. Esto es mío...

— Entonces, cómo no sabes entender lo que se te dice, la manzana no será para “*nadies*”. —Acto seguido Luzgardes le quitó de la mano el pedazo de manzana a su hija Chabuca y la guardó en un estante alto, al cual ninguna de las dos pudiera alcanzar—.

— Pa'náis... —se repitió para sus adentros Chabuca, y esto se quedó gravado en su memoria, como la huella que deja la marca hecha con hierro candente en la piel—.

La enseñanza de su madre habría surtido algún efecto, si Chabuca hubiera tenido instaurado en su cerebro el valor de la solidaridad. Pero tal cosa nunca ocurrió, porque sus ancestros siempre vivieron peleando por un pedazo más de tierra o por un poco más en el reparto de la cosecha y, ello, como muchas cosas propias del aprendizaje humano, los hijos los adquieren de sus padres junto con todo lo demás, de su herencia genética.

Desde allí, todas las veces que Chabuca era obligada por su madre a compartir algo con su prima Dora, lo que hacía era tirar al suelo la golosina en disputa y después de machucarla con la suela de sus zapatos decir triunfante y a toda voz:

— ¡Pa'náis!, ¡Pa'náis!...

LA CHAPOSA

El compañero de trabajo que comenzó a llamarle “*Chaposita*” a Elizabeth Moreno Zavala, recién llegada de Chimbote —así, con cariño, para que no se enoje de arranque por el “*chaplín*” que le acababa de endilgar—, era natural de Jesús y se llamaba Elmo Garay Panduro, según lo que él mismo se complacía en referir cada vez que podía. Como su padre se llamó Elmóforo, cuando se fue a asentar la partida, bien achispado por haber estado celebrando la llegada de un nuevo hijo varón, tuvo este diálogo con el datario de registro civil de la municipalidad de ese pueblo:

— ¿Y qué nombre le va a poner al recién nacido?

— Elmóforo, como yo, por supuesto.

— ¿Elmóforo?

— Claro que sí, puesto que así me llamo yo, su padre, y en buen dicho su señor progenitor.

— Vaya, por lo que a simple vista se ve, usted no parece que fuera su padre. ¿Se imagina cuánto se burlarán sus compañeros en la escuela por el nombrecito que

quiere ponerle a esa inocente criatura que es su hijo? ¡Por Dios! Asentarle su partida con ese nombre sería... ¡un adefesio completo!

— Es que mi padre también se llamó Elmóforo...

— ¿Y este niño qué culpa tiene de eso?

— Pues... ninguna. Pero yo quiero que se llame igual que su padre y, por supuesto, igual que su abuelo.

— No sea malo amigo, en todo caso, póngale “Elmo” no más, que según me parece sería el diminutivo de Elmóforo; pero, usted puede decir, llegado el caso, que “*Elmo*” significa: “*El*” de Elmóforo y “*Mo*” de “*El Mozo*” que, en términos elegantes significaría: *Elmóforo el Mozo* o sea el Hijo de Elmóforo y... ¡sanseacabó! Recordará que, según nuestra historia, al hijo de Diego de Almagro le decían “*Almagro, El Mozo*”

— ¡Me acabó usted de enredar la comprendedora, amiguito! Lamento tener que decirle que, desde hace algún tiempo, mi “*mollocsha*” para esa clase de cosas tan complicadas ya no funciona como se debe. Claro que me ha hablado usted muy bonito; pero, no le he entendido ni jota y, si sigo sus consejos y le pongo Elmo a mi hijo, igual se reirán de él en la escuela y encima podrían ponerle de apodo “*El Mocho*”.

— Eso le dirían si le faltara un dedo, una mano o, por último, una oreja —le retruco de inmediato el datario—; pero, para mí la cosa es fácil, para evitar todo eso, cuídelo bien para que no vaya a tener ningún accidente que origine esa chapa.

— Está bien, póngale “*Elmo*” entonces, como usted dice, sino esta asentadita de partida no se va a acabar nunca y estoy apurado, mis amigos me están esperando para completar la celebración que este caso amerita.

Y desde que tuvo uso de razón, Elmo pregonó ese origen de su nombre y, nadie, se atrevió a discutirle porque lo decía con mucha seguridad y jactancia. Al margen de aquello, cuando Elizabeth Moreno Zavala advirtió que todos en la oficina, incluyendo al jefe, se referían a ella como la “*Chaposa*” y, sabiendo casi a ciencia cierta que el inventor de todo eso fue Elmo Garay Panduro, el ilustre especialista de Ciencias Sociales; fue hasta donde él se encontraba, no a reclamarle por supuesto, porque era consciente de que cualquier reclamación en tales casos no serviría para nada, sino a saber el motivo de su nueva factual denominación. Ya estando frente a él, le hizo la siguiente pregunta:

— Y... ¿puedo saber por lo menos, amigo Elmo, por qué ahora todos aquí en esta oficina se refieren a mí como la “*Chaposa*”?

— “*Ende*” que... pálida no eres, ¿no será porque chaposa si...? —le contestó Elmo, obviamente queriendo teñir a su respuesta de un halo blanco de ironía—.

— Uuuyyy curuju... ¿por eso era? Entonces... ¡sin comentarios! —dijo las dos primeras palabras frunciendo los labios a propósito, para alejarse a su pupitre de trabajo con una mueca que, parecía ser más una sonrisa de estupefacción que de agrado o desagrado—.

¡Estos sinvergüenzas de mis nuevos compañeros de trabajo! —Se dijo para sí, para luego seguir pensando casi en voz alta—: ¿Cómo no se les ha ocurrido llamarme de otra manera? *¡Chaposa, huácale!*... Bueno pues, que así sea, pero por mi parte, lo que tengo que hacer es no molestarme por eso; sino, estos vagos lo van a convertir en un motivo para hacerme *bullying*, qué caray.

Se acordó entonces que en la oficina donde ahora trabajaba, desde que comenzó a pintarse los labios de rojo fresa, al ver su semblante algo pálido en su espejito de polvos de maquillaje, se le ocurrió ponerse unas chapas en las mejillas con el mismo color de su lápiz labial; pues, cómo el estuche de rubor que había visto en la farmacia *Uceda* de la equina, estuvo algo caro y no tuvo para comprarlo en ese momento, decidió que el problema de ponerle chapas a sus cachetes se solucionaba de ese modo de una buena vez.

Casi siempre, una “*frotadita*” al lápiz labial con la yema de su dedo índice bastaba para lograr poner el rubor en su cara con el que ella estaba satisfecha, pero es de entender que por lo general se le iría la mano en eso de la frotada, porque la mayoría de las veces sus cachetes aparecían iluminados de un rojo escarlata intenso.

Elizabeth Moreno no era trigueña. Era más bien blanquiñosa y, es de imaginarse que sería blanca como una yuca en las partes de su cuerpo que no le daba el sol. En cambio, su rostro aparecía ligeramente tostado y con una infinidad de pequitas, indiscutiblemente producto de

los ardientes veranos de sol y brisa con olor y sabor a pescado, tanto de la caleta de Chorrillos, su tierra natal, como de Chimbote, el puerto donde estuviera algunos años trabajando como especialista de educación inicial, después de graduarse como educadora familiar en la ciudad de Lima.

Elizabeth no era de gran estatura, aunque tampoco se hubiera podido decir de ella que fuera “*socotroca*”, o una retaca. Presumiblemente mediría descalza un metro con cincuenta y siete centímetros, pero como sus otras compañeras de la oficina pasaban el metro sesenta, ella nunca abandonó los tacos para no desentonar. En lugar de falda le gustaba usar pantalones y el pelo no se supo nunca de qué color original sería, porque siempre lo tuvo pintado de rojo irlandés.

Como dama y como compañera de trabajo era por demás elegante y pulcra para vestir, y su trato, amable y cariñoso. A nosotros sus compañeros varones nos trataba siempre con una dulzura infinita y a sus pares mujeres, con respeto y familiaridad.

Es de imaginar que a todos sus compañeros de trabajo nos consideraba algo así como a los “*hermanos*” que jamás llegó a tener, porque su padre, chancletero convicto y confeso, a la cuarta vez que tuvo una hija —que fue ella—, desistió de la idea de hacer un varoncito en su esposa. Quizás por otro ladito a lo mejor intentaba algo, pero en ese molde, ya no. Y así, con cuatro hijas se quedó para siempre.

Lo raro de esta circunstancia fue que, en el caso del jefe de la oficina, no se le ocurrió ni de bromas pensar en que podía ser algo así como su “*señor padre*”. Desde la primera vez que tuvo la ocasión de verificar que detrás de sus lentes gatunos —ligeramente ahumados—, le estaban mirando un par de ojos verdes como las aceitunas aquellas que, en lugar de pepa tienen en su interior un fiambre especial que las hace más apetecibles, se le inundó la cabeza con la idea de que tal espécimen de hombre tenía que ser de ella, y solo de ella, llueva o relampaguee, a como diera lugar, contra viento y marea o... aunque sea a hurtadillas.

La idea y la intención subsiguiente de conquistar a ese jefe —más pulcro que una monja en el rol de “*madre superiora*” y más respetuoso que un niño de kínder, premiado a fin de año por tener buena conducta—, después de tener una larga conversación con él, sobre los diferentes matices y aristas de la teoría de Jean Piaget en torno a cómo los niños construían sus primeros andamiajes conceptuales, se forjó en su cabeza, no... de a poquitos —como una pequeña posibilidad o como algo que de repente pudiera ser—, como suele suceder en estos casos, sino que en ella la idea de atrapar a este raro espécimen de hombre, entró en esa parte del corazón que dicen que se encarga de los afectos y en la parte de su sesera que los controla, como un enorme clavo incrustado allí de un solo combazo, aunque sin dolor ni sangre, pero sí con esa rara sensación que solo da el enamorarse.

De allí en adelante, no sin sorpresa nuestra, tal como suele suceder en el “*juego del amigo secreto*” de alguna navidad, en el pupitre del jefe de la oficina —mucho antes de que él, con su puntualidad que superaba largo a la inglesa, se acomodara allí— siempre había un presente: un caramelito de limón o de fresa, que él le había dicho que le gustaban, un sublime o una barra de chocolate en triangulitos de *D’onofrio*, una empanada del restaurante “*Salas*” todavía caliente y primorosamente envuelta en una servilleta bordada a mano, que después ella misma con mucho “*disimulo*” —del que todos nos hubimos percatado— recogía, un libro con la poesía selecta de Pablo Neruda, otro con la obra completa de Juan Rulfo, que también él le había mencionado que a pesar de sus esfuerzos no había podido conseguir todavía, era algo que se repetía y repetía como el pan de cada día.

Además de eso, ocurría que cada mañana, ella tenía siempre un tema que consultarle, sobre el proceso de maduración, de asimilación, de acomodación o subsunción en la compleja forma de construcción de los andamiajes conceptuales propios del aprendizaje en los niños de educación inicial. Ella, iluminada por las explicaciones que recibía con tanta sabiduría y elocuencia, de parte de ese jefe tan diligente y generoso con sus conocimientos, cumplía después su trabajo de rigor con un empeño especial y salía a visitar los jardines de la infancia —las cunas y nidos, nada que ver—, que funcionaban en ese tiempo en la localidad, para compartir

después con todas ellas lo aprendido, en esas largas sesiones que, ella tenía con el hombre que también, por pura casualidad era su jefe.

Así es como llegó a hacerse muy conocida en el nivel a su cargo y, algunas profesoras, generalmente por las tardes, porque en las mañanas trabajaban en su jardín, venían a visitarla a la oficina, en donde ella las atendía con singular esmero y cortesía.

En Cajamarca por esa época, funcionaban sólo dos cunas. Una de esas cunas, nueva y en proceso de implementación, creada por gestión del padrecito Perales —así en diminutivo porque el tal padrecito era bien “*retaquito*” y “*huañulingo*”, como sólo él podía serlo— y la otra, ya antigua y también del Estado, dirigida por Ernestina Quiroga de Coba, justo la esposa del jefe de la “*Chaposa*” y a la cual, las madres de familia, de los niños atendidos en esa institución educativa pública, trataban simplemente como “*la mamá Tinita*”.

La “*Chaposa*” no llegó a visitar jamás ni mucho menos intentó conocer ésta última cuna: la de “*la mamá Tinita*”. Sabía ella con esa intuición y certeza muy propias del género femenino que, al primer encuentro con aquella, quedarían al descubierto sus francas afinidades afectivas para “*don Juancito*”, que es como ella se refería siempre a él. Sin embargo, como en pueblo chico infierno grande, la “*mamá Tinita*” a cierta altura del desarrollo de los acontecimientos, llegó a estar enterada con pelos, lunares, señales y demás detalles, por más escondidos

que estos pudieran estar, acerca de las atenciones y escarceos amorosos que la tal “*Chaposa*” hacía y deshacía para hacer caer en sus redes, hasta esa fecha al invicto, al virginal y santo varón de su marido.

Dice el refrán que, tantas veces va el cántaro al agua, que no sólo acaba con el filo de sus getas rotas o despostilladas, sino que, la más de las veces, se rompe en mil pedazos. Ese fue el caso del corazón de don “*Juancito*”. Al comienzo de los coqueteos iniciados por una hembra cimbreante y llena de vida —*que siempre estaba ruborizada*—, todas esas “*cosillas*”, a lo mucho, le hicieron sonreír de estupefacta complacencia. En su vida matrimonial de recatadas demostraciones de amor —al que lo estuvo acostumbrado con su *Tiniita*—, jamás tuvo oportunidad de lidiar con las banalidades propias de los especímenes comunes del género humano, —él, sin lugar a dudas, era un individuo muy especial— por lo que, sin saber cómo ni cuándo, resultó perdidamente enamorado —también y sin remedio— de la “*Chaposa*”.

Después de esta constatación personal, las “*atenciones*” fueron de ida y de vuelta, tal como suele graficarse en una relación simétrica o conmutativa para niños pequeños.

Nadie se habría percatado de que la cosa iba muy en serio para don “*Juancito*” sino ocurre que, durante la celebración del cumpleaños número treinta y tres de la “*Chaposa*” en la casa de Violeta Rodríguez —amiga de ambos—, las especialistas Juana María de la Barra y

Andrea Chávarri, limeña la una y cusqueña la otra, comenzaron a desternillarse con unas risitas felices pero nerviosas.

Cuando Carlos Eduardo y Alfredo se acercaron para pedirles el “relleno” de tan singular acontecimiento, ellas sólo señalaron con su dedo índice a las dos sombras de los cuerpos de don Juan y de la *Chaposa*, que el foco de luz del segundo piso proyectaba sobre la blanca pared de uno de los lados de la escalera. Allí se podía mirar que las dos sombras se unían una y otra vez en una serie infinita de “*piquitos*”, dados de modo tan rápido y al escape como suelen darse sus besos los púberes que han despertado de pronto al amor.

A partir del día siguiente, como tal asunto ya no fue algo hipotético ni tampoco una suposición de chascarro, sino que se convirtió en un hecho verificado por más de cuatro personas, el “*amor inmenso*” que la “*Chaposa*” decía sentir por el jefe de la unidad en la que trabajábamos; y, que ella trataba de demostrarle de muchas maneras, sin importarle lo que sus amigos o el resto de compañeros de trabajo pudieran pensar, se transformó en una reciprocidad cantarina y bulliciosa, como el discurrir de las aguas de una manantial por entre roquedales y cantos rodados por parte de Elizabeth, y algo recatada, cuidadosa y silenciosa como el vuelo de un colibrí cuando trata de sorber la miel de un rosal escondido, por parte de don Juan. Ya no hubo más que suponer ni adivinar, todo se convirtió en un devenir de

situaciones de halago y ternura pulcra y elegantemente explícitos entre ellos.

Por su parte, al especialista de educación básica regular Alfredo Izaguirre, por la familiaridad del trato y el grado de amistad que tenía con don Juan, los traviosos compañeros de trabajo le endilgaron la chapa de “*Hijo de don Juan*”. Así estando las cosas, una de las veces en que este se reuniera “*con su padre*”, para degustar música clásica en los altos de la casa de este último, cuando “*la Tinita*” se apareció por allí para agasajarlos con sendos vasos de jugo de la fruta del chamburo, que cultivaba en su huerta junto a sus rosales, por boca de su mismo marido resultó enterándose de este detalle.

— Fijate pues Ernestina, resulta que los cangrejos especialistas de la oficina donde trabajo andan diciendo que Alfredo, aquí presente, es “*hijo de mis entrañas*”. Como si yo tuviera las tales entrañas. Sin embargo, a mí eso no me disgusta. Me alegra más bien saber que me hice de un hijo ya logrado y encima listo e inteligente, a mi edad...

— Claro que eso no tiene nada de malo Juan. Te has hecho de un hijo bien criadito y, precisamente a los 65 años de edad. Que yo sepa, esa proeza sólo tú lo has logrado hacer. Sin embargo, queda por aclarar una sola cosa: si es tu hijo, también es mío, no faltaba más ¿no es cierto, Juancito? Por lo tanto, Alfredito es nuestro hijo sin más vueltas que darle. ¿Ves que así quedan mejor las cosas mi querido Juan... ja, ja, ja?

Sin embargo, allí no quedó el asunto. En otra oportunidad, cuando don Juan invitó a Alfredo a tomar un café en su casa, con panecillos horneados por su diligente *Tinita*; ésta, con mucho disimulo y mejor tino, le endilgó a su marido la tarea de ir a comprar un tarro de leche “*Gloria*” y una tableta de chocolate “*shilico*”, en la panadería de la vuelta de la esquina de la calle José Gálvez donde ellos vivían, es decir, en la recién creada avenida Perú, indicándole que trajera también unos cuantos molletes, porque los de esa panadería eran especiales y muy ricos. Una vez que éste desapareció de la escena para ir a hacer el mandado, la *Tinita* aprovechó el momento para verificar de fuente fidedigna lo que quería saber desde hacía ya mucho tiempo.

— A ver pues hijo mío, ¿es verdad que tu padre anda en locos amores con esa tal *Chaposa*? —le disparó la mamá *Tinita* a boca de jarro y sin ningún tipo de consideraciones preliminares a Alfredo, su recién descubierto hijo—.

— Que yo sepa *Tinita*, por allí no existe nada de nada. Todo lo que dicen, según mi parecer, son puras habladurías de la gente que, por no tener nada que hacer en su casa, se dedica a inventar este tipo de cosas sin sentido, porque lo que me está preguntando solo puede ser una cosa de locos, o de grandes mentirosos —le contestó este haciendo gala de una serenidad perfecta que estaba muy lejos de sentir; pero, que estaba dispuesto a mantener a como diera lugar—.

— Ahí si no te equivocas hijo. Claro que son locuras... pero de ese par de marrajos sinvergüenzas que son la tal *Chaposa* y mi marido. Fíjate pues la locura en la que se halla enredado tu señor padre. Donde ya pues se habrá visto a un hombre de 65 años, en locos amores con una mujer a la que le dobla en edad. ¡Ay Dios mío! Yo creo que este es un anuncio de que se acerca el juicio final... y tú, no me mires con esos ojitos de “*yo no sé nada*” porque si andas con él, todo el año de arriba para abajo y semana tras semana, en esos cursos dizque de capacitación de las maestras más que de los maestros, sólo Dios sabe qué otras cosas más harán, no me vengas a mí, que ya soy una vieja, con esos cuentos chinos. Eso de que tú no sabes nada, anda que te crea tu abuelita... Porque yo, no lo paso.

— Pero *Tinita* como quieres que te cuente lo que no sé. Conmigo se va de viaje a la sede de los Núcleos Educativos Comunales para cumplir acciones de capacitación de docente, es cierto, pero de allí a que don Juan me cuente a mí sus intimidades, sabiendo como sabes lo reservado que es en esas cosas, pues...

— Bueno, allí si tienes toda la razón del mundo Alfredito. Que Juan es muy reservado para contar sus intimidades... ¡a mí me lo vas a decir! A este marido mío no le sacas nada de nada, todo lo guarda con candado dentro de sí, como secreto de confesión de cura de parroquia pobre. Así que, por esta vez, allí que quede... porque según yo creo, tú en particular, sabes de ese par

más que las arañas. Pero cómo eres una persona leal y eres el mejor amigo de mi marido, la verdad, no esperé que me dijeras nada.

Según los razonamientos de Alfredo, doña *Tinita* no estaba interesada, en saber que cuatro de nosotros los especialistas que trabajábamos con don Juan, lo vimos dándose de piquitos con la *Chaposa*, o que intercambiaban regalitos, miradas de pasión o abrazos afectuosos entre sí, en la oficina. Lo único que ella quería confirmar, era si su virtuoso y honorable esposo, ya estaba también haciéndola de maridazo de la *Chaposa*.

Era más que evidente, para una mujer hecha y derecha como la *Tnita*, que la relación extramatrimonial entre su marido y la tal *Chaposa* se había consumado hacía ya bastante tiempo. En consecuencia, jamás se tragaría el cuento de que sólo les hubieran visto una vez dándose de piquitos. Además, seguro que, frente a esa historia, muy suelta de osamentas hubiera contestado “*a otro perro con ese hueso*”.

Al parecer la *Tinita* estaba en lo cierto, ciento por ciento. Lo que nos hacían ver, era pura “*peliculina*”, concordada entre ambos para hacernos creer justamente sólo eso. Es difícil aceptar que un hombre de 65 años de edad, con hábitos de casado, pudiera contentarse sólo con agarraditas de mano o con “*picoretas*” de adolescente. Estaba claro que, lo que estuvo a punto de hacerle perder la sensatez, era haber bebido desde su misma fuente, las dulzuras de un amor prohibido con una mujer rebotante

de ternura y juventud como lo era la *Chaposa*. A esa conclusión llegó Alfredo, la vez que encontrándose ambos en Llapa, don Juan le pidió a este:

— Mire Alfredo, como Elizabeth, *la Chaposa* como ustedes la tratan, me ha planteado taxativamente que debo dejar a *Tinita* para reunirme con ella e irnos a vivir en Chimbote, por lo cual, concédame la oportunidad de hacer mi taller de lenguaje desde hoy lunes hasta el miércoles por la mañana. El miércoles por la tarde mientras usted inicia el suyo de matemática, yo aprovecharía para viajar a Chimbote en donde me esperará Elizabeth. Ella, casi ya tiene asegurada su reasignación a la zona de educación de ese lugar y para mí, ha conseguido un trabajo de Coordinador de Capacitación de los trabajadores azucareros de la ex hacienda “*San Jacinto*”. Después de presentarme en “*San Jacinto*” y después de tomar posesión de mi nuevo cargo, yo tendría que regresar a Cajamarca para cesar en mi puesto de jefe de la Unidad Técnico Pedagógica hasta ahora a mi cargo. Ahora bien, para no perjudicar en nada a *Tinita*, le dejaré un poder para que cobre desde este fin de mes mi cesantía. Así me ha sugerido hacerlo Elizabeth. Ella es una buena mujer y no es capaz de causar ningún daño a nadie, mucho menos a *Tinita*...

— Oiga don Jorge, ¿y usted cree que quitarle su esposo a doña *Tinita* es poca cosa? Ninguna mujer asimila en forma positiva una separación cuando la que lo causa es otra mujer.

— Vaya Alfredo, yo pensé que en estas cosas usted estaría delante de mí, dada la experiencia que tiene a la fecha en cosas de amores con sacada de los pies fuera del plato. Soy testigo que una “*compañera de estudios*” suya que, en lugar de viajar a Montevideo se vino hasta Cajamarca para tratar de llevarlo con ella, después de haber sido su pareja en Lima casi por un año completo y después de haber quedado en que se separarían, definitivamente, a fines de diciembre de 1974, año en que usted llevó el curso multinacional aquel de planificación.

— El trance ese sí ocurrió como usted dice don “*Juancito*”, pero por más ofrecimientos que me hizo para ir a trabajar en Montevideo, asegurándome que lo que yo ganara allí podría girarlo íntegramente a mi esposa, para que ni ella ni mis hijos quedaran en desamparo, yo tomé la decisión de quedarme junto a ellos, por la sencilla razón de amar a mis hijos sobre cualquier otra cosa.

— Pero... ¡da la casualidad que yo no tengo hijos Alfredo, porque soy estéril! No sé a qué se deba esta incapacidad mía, porque mi hermano Ramiro, por ejemplo, si tiene hijos.

— Entonces, es posible que su *Tinita* sea la estéril y no usted.

— No, ahí no hay vuelta que darle, de acuerdo a las pruebas médicas que nos realizamos *Tinita* y yo en Lima, el que tiene la incapacidad soy yo, no ella. Eso está bien dilucidado con los exámenes de laboratorio y otros exámenes que me hicieron en Lima.

— Entonces, ¿con su *Chaposa* tampoco podría tener un hijo?...

— No es el deseo de tener un hijo para prolongar mi estirpe por lo que quiero unirme a la *Chaposa*, como usted se refiere a ella. Es porque de Elizabeth me siento profundamente enamorado. Amarla y ser correspondido por ella me ha vuelto a una forma de vida que jamás he tenido. Con Ernestina me he casado sí, porque la quiero y la respeto, pero no recuerdo que haya vivido las sensaciones extraordinarias y mágicas que me hace sentir Elizabeth...

— Pero eso es algo completamente natural don “*Juancito*”. Cualquier hombre que beba los néctares del amor, a los sesenta y cinco años, de una flor en capullo de treinta y cinco abriles, como es el caso de la *Chaposa*, le tiene que parecer un hecho extraordinario y, seguramente que eso es así sin vuelta que darle. Por otro lado, como dicen los mala-lenguas que nunca faltan, no es lo mismo comer todos los días una “*gualdrapita*” de vaca, que zamparse un churrasquito de lomo fino de ternera, de vez en cuando.

— Yo amo a mi esposa, de eso no tengo ninguna duda y jamás pasó por mi cabeza la idea de considerarla una “*gualdrapita*” de vaca. Ernestina para mí es una mujer noble, leal y generosa, además de ser una pareja serena, comprensiva y atenta, que me ayuda sin pedir nada a cambio, a solucionar casi todas mis necesidades y mis problemas personales. Ella vive pendiente de mí y

me cuida, casi, diría yo, de manera obsesiva. Pero, el sólo hecho de ponerme a pensar en Elizabeth, es para mí un golpe al pecho, todo se me ilumina con las luces y los colores de la primavera y, mi corazón se alborota como jamás lo había experimentado antes. Y no vaya a suponer que esto que le digo es sólo por decir, me sale del alma...

— Y no es para menos, don Juan. Salir de la rutina para embarcarse en algo nuevo y placentero, cambia todas las perspectivas. Pero, analicemos la situación con calma e inteligencia. Usted tiene 65 y ella 33. ¿Estamos? Por lo tanto, usted le lleva en edad 32 años a ella. Eso no es bicoca. Pero lo más importante es lo siguiente: a ella le queda por vivir su sexualidad no menos de 30 años. Y a usted don Jorge, ¿Cuántos años le quedan para lo mismo?... Haciendo un cálculo generoso, usted podría estar activo sexualmente digamos unos ocho o diez años más. ¿Y después de eso...?

— Debo reconocer que, obnubilado como estoy, por estar profundamente enamorado de Elizabeth, no me he fijado en cosas como lo que usted me acaba de hacer ver con mucha objetividad, Alfredo. Cuando yo tenga 75 años, ella tendrá 43, es decir, todavía estaría muy joven...

— Por eso don Juan y con la sinceridad que me caracteriza, me parece que con su *Tinita* va a estar usted mucho mejor. Ambos envejecerán juntos y en esas condiciones las parejas pasan sus últimos días en forma bastante satisfactoria, siempre que se comprendan, por supuesto, y sobre esto último, qué duda cabe, ustedes dos

forman una pareja envidiable. Hasta donde los he visto, usted y su *Tinita* son una parejita que se respeta y se comprende muy bien.

— Todo eso es verdad, pero yo a Elizabeth le he prometido viajar este miércoles a Chimbote para esperarla allí e iniciar nuestra vida de pareja, porque si no lo hago así, ella misma me ha advertido que viajará a Estados Unidos para rehacer su vida en ese país, con un enamorado anterior que ella tuvo cuando estudiaba la secundaria y que ahora está bien posicionado, económicamente, allí en ese país.

— Muchas de las promesas de amor no se cumplen don Juan. Esta no será ni la primera ni la última. Con toda seguridad, ella ya sabe cuál de los caminos va usted a tomar, por eso tiene bajo la manga la carta esa de ir a Estados Unidos y, descuide, no le va hacer ningún drama. Va usted a ver, si no se reúne con ella a partir de este miércoles, su *Chaposa* se irá a Estados Unidos sin más vueltas que darle y más rápido que inmediatamente. Entonces, mejor se queda con su *Tinita* don Juan. Es insensato botarse de viejos.

— Sí, eso voy a hacer. Pero este miércoles viajaré a Chimbote de todas maneras, para arreglar este asunto personalmente con ella. Es importante que yo haga esto personalmente, por mi propia tranquilidad y por respeto, tanto a ella, como a mí mismo. Además, debo ir a la ex hacienda “*San Jacinto*” para agradecerle al gerente de esa empresa, por su oferta de trabajo.

— Esa decisión si me parece muy buena don Juan. Aclare bien las cosas con su *Chaposita* y despídase de ella como Dios manda... ja, ja, ja.

Muchas semanas después de este incidente, la *Tinita* se encontró con Alfredo. Al pasar ella “*rauda*” en su viejo Volkswagen blanco 1960, todavía con sus piezas originales alemanas de fábrica intactas, que sólo ella conducía, porque don Juan jamás pudo aprender a manejar un vehículo, le dijo sonriendo de oreja a oreja a Alfredo:

— Gracias hijo mío. Algún día te lo pagaré.

Al parecer, don Juan tan pronto regresó de Chimbote, seguramente, que tuvo la necesidad de arreglar bien las cosas con su *Tinita* y se confesó con ella a “*calzón quitado*”. Y, para alejar cualquier posibilidad de recaída o, de sombra de duda en su arrepentimiento, una vez realizado el reenganche con su viejo amor de toda la vida, el domingo a primera hora fueron y comulgaron en la iglesia de San Pedro, de una misma ostia. El padre Lorenzo Vigo, el sacerdote que les administró el sacramento, se murió sin saber, por qué doña Ernestina Quiroga de Coba le hizo ese pedido.

EL SANADOR

El laureado y fino poeta además de connotado declamador Guillermo Torres, una vez concluida exitosamente la ceremonia de presentación de su último libro en Bambamarca, justo cuando ya se disponía a ir a descansar el resto de la noche en el hotel que le asignó el comité anfitrión del lugar, a alguien se le ocurrió hacer la siguiente propuesta:

— No se pasen pues amiguitos... ¿cómo nos vamos a ir a dormir sin deleitarnos antes con una tertulia de esas que acostumbramos hacer los escritores y poetas?

— Bien dicho Britaldo —le contestó de inmediato César Mejía— creo que nadie se opone a esa idea. La cosa es, definir ahora mismo a dónde nos vamos.

— Lo más simple y más seguro, es irnos al hotel en el que están hospedados nuestros visitantes —con esto que dijo, Britaldo se refería también a Wilson Izquierdo González y su esposa que, junto con Guillermo Torres, vinieron esa vez a presentar sus libros en Bambamarca, para luego concluir tajante—: no creo que el dueño del

hotel nos niegue su salita de recibo para la reunión que pensamos llevar a cabo. Así que, mis queridos amigos, vámonos para allá.

— Yo creo lo mismo. Así que nos vamos todos —le contestó a Britaldo, César Mejía con la convicción de que eso era lo mejor—.

Y hacia allí dirigieron sus pasos cerca de 12 personas entre poetas, escritores, un guitarrista, un cantante de baladas y una señora que, ayudada por su hija de catorce años de edad, comenzó a duras penas a lidiar con un par de muletas para no perder el paso y llegar junto con los demás al lugar de la reunión.

Ya instalados en la salita —porque el dueño del hotel no sólo autorizó el uso de su sala de recepción, sino que, además, donó una buena botella de pisco acholado “*Queirolo*” con la única condición de que le permitan participar de la tertulia—, con todo eso, la reunión prevista dio inicio. Era obvio que después de algunas canciones del baladista lugareño y de otros tantos chascarros y anécdotas contados por varios de los asistentes, el plato de fondo iba a ser Guillermo Torres que, como recitador, no tiene quien le iguale por esta parte del país. Y... así ocurrió. Guillermo recitó no una, sino tres veces seguidas.

Sólo que, al terminar de recitar el primer poema, sin saber cómo, su pescuezo se vio rodeado de los amorosos y cálidos brazos de la mujer de las muletas y, su rostro cubierto de besos por aquellos labios que, al inicio de la

reunión, nos hicieron llorar a todos los asistentes, porque de ellos salió lastimeramente una historia plagada de episodios tan tristes que, sin esfuerzo alguno, arrancaron lágrimas casi a mares, de todos los que tuvimos que escuchar su doloroso y sentido relato. Y es que para todos resultaba comprensible su sufrimiento, pues quedarse con los huesos de los talones quebrados y los tendones desgarrados, como consecuencia de una caída desde el segundo piso, después de haber sido campeona regional de marinera, ha de ser brutal.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente emocionada hasta el tuétano por el poema recitado tan magistralmente por Guillermo, se operó en ella el milagro de su sanación completa. Dejó tiradas las muletas que su hija tuvo que recoger porque eran prestadas, y se lanzó a la carrera a premiar con sus besos de fuego al grandioso recitador. Y no fue una sola vez que el milagro ocurrió, fueron tres.

Desde entonces al poeta Guillermo Torres todos sus amigos le dicen “*Sanaoor*”, tan igual como a un torero, los aficionados a los cachos le dicen: “*Mataoor*”.

AYAUPUÉ

— Óigaste pue vecinito, mi hijo Ranulfo desea casarse con su hija.

— Con cuál de ellas ya pue quiere dizque casarse, porque mis cuatro hijas están todas sin mariu tuavía.

— Con la segunda de ellas. Mi hijo me ha dicho que se llama Teodocia.

— Ahh... con la Teo quiere. Entón que se case nomás. A usted vecinito no le puedo negar nada. Pero, para evitar estar enojaus nosotros cuando ellos se peleyen, mejor que se tanteyen bien un tiempito.

— Y desde cuando se estarían tanteyando vecinito.

— Desde ahurita si quieren.

— Enton voy a decirle a mi Ranulfo que ahurita mismo la recoja de usté a la Teo y, la lleve a su casa nueva, que yo lis voy a regalar para que vivan bien y en completa libertá. Yo les voy a proveer también los víveres hasta mientras se acostumbren. De eso usted no se preocupe compadrito, yo ya'estau previniendo alguitu pa'esa contingencia.

Bien mandados Ranulfo y Teodocia se fueron esa misma noche a pasar su luna de miel adelantada y encima estrenando casa nueva.

Al siguiente día muy de mañana, el padre de Ranulfo se fue para la casa del padre de Teodocia, con el fin de alquilarle su yunta de bueyes, que necesitaba para arar una chacrita y sembrar allí su alverja. Le habían dicho otros vecinos que este año, la alverja iba a tener buen precio porque todos por allí, se habían dedicado a sembrar quinua, porque se corrió la voz que todita la producción de quinua la iba a comprar el Gobierno.

En eso estaban, cuando... grande fue su sorpresa al ver llegar a la Teo, con el semblante y los ojos llenos de felicidad, sin duda, pero con la cara algo desencajada, típico de alguien que no ha dormido nada una noche enterita.

— ¡Qué!... ¿por qué no te has quedau con tu marido? —le interpeló ahí no más al verla su padre—.

— Ahí se ha quedau él, tuavía durmiendo —le contestó de inmediato su hija, la Teo—.

— Y a vos qué ya pue te ha picau, quias dejau tan temprano tu querencia.

— Nada mi ha picau, sino que él quiere estar dale y dale y... ¡ayau pué!

CUALQUIERA.

Hace mucho tiempo, cuando los caucheros con la ilusión de hacerse ricos de la noche a la mañana, comenzaron a extraer la savia de los árboles de shiringa de los bosques de la Amazonía, Amadeo Tuesta Rodríguez, de madre moyobambina y padre de Juanjuí, se perdió sin remedio en un bosque de árboles de caucho que en ese entonces había surcando el río Mayo, por los montes cercanos a Yuracyacu.

Al no poder hallar el camino de regreso que lo llevara a Moyobamba, agotado por el cansancio y el hambre, ya casi moribundo, fue encontrado por unos cazadores nativos que, para su suerte, antes de que las “*tangaranas*”, los animales depredadores y otros insectos carnívoros lo hicieran chichirimico.

Respetuosos como siempre de la vida de un semejante, en una angarilla que hicieron cortando palos y sogas con sus machetes muy bien afilados, lo llevaron hasta el poblado donde toda su tribu vivía. Allí fue acogido con mucha cortesía y benevolencia por el curaca

Juan Amasifuén que, además de brindarle posada y el alimento que tanto necesitaba, dispuso que la curandera lo cuidara hasta que sane.

Cuando Amadeo estuvo totalmente restablecido, agradeció de la mejor forma que pudo al buen curaca; y, le manifestó su enorme deseo de regresar a su tierra: Moyobamba, donde su familia residía.

— Ahhh, ese pueblo grande poblado de blancos que hay rio abajo —entre que le aclaró y le preguntó el curaca—.

— Si señor curaca. Esa es mi tierra y allí está mi familia, esperándome —le respondió Amadeo Tuesta tratando de imprimir a su respuesta un tono de súplica—.

Al ver el tono humilde y lleno de sinceridad de Amadeo, al que desde que lo conoció lo consideró un hombre de buenos sentimientos, el curaca le aceptó este pedido, con la condición de que antes de partir se empadrara con una de sus dos hijas, porque quería tener un nieto cruzadito con blanco, del mismo modo que, ansiaba que su perra le diera cachorros, para convertirlos en perros de caza, curándolos a su usanza.

Amadeo, ansioso como estaba por regresar al lado de su familia, aceptó la oferta sin dudarle un solo momento. Estaba seguro que el curaca Juan no le obligaría a nada más, pues “*sólo quería un nieto cruzadito con blanco* —según sus propias palabras— *tanto como unos cuantos cachorros en su perra*. Sabía por las historias que le contaron sus antepasados que, a

los curacas, y en general, a los nativos de esta parte de la selva les agradaba y les gustaba, según ellos, “*mejorar*” un poco su descendencia cruzándose con la gente blanca.

Por la consideración que le llegó tener a Amadeo, que le enseñó a usar armas de fuego para cazar animales de monte, entre otras cosas, el curaca en una especie de deferencia especial hacia él, le preguntó:

— Y, ¿a cuál de mis dos hijas preferirías para que me des el nieto que deseo? A la primera que es hermosa pera ya entrada en años, o a la segunda que es joven y briosa como una potranca.

— A “*cualquiera*” —respondió algo displicente y en forma apresurada Amadeo, porque según él, si era para cumplir sólo con darle un nieto, le daba igual la primera o la segunda de sus hijas—.

El curaca no sin poca estupefacción y asombro, dispuso de inmediato que atendieran el pedido de su huésped, para lo cual dio las indicaciones en forma muy precisa.

Grande fue la sorpresa del simplón Amadeo cuando esa noche, dispuesto a cumplir su compromiso y regresar libre a su casa, encontró en su camastro bien acomodada a la perra del curaca Juan...

La perra de aquel curaca se llamaba “*Cualquiera*”.

DESPÍDALOS A TODOS, HE DICHO

— ¡He dicho que quiero hablar ahorita mismo con la cabeza! ¡Y lo estoy haciendo en español y, fuerte y claro, para que me entiendan bien! ¡Yo no hablo con las ramas! —por lo que se notaba, el hombrecito aquel estaba muy molesto y si no se le atendía podría terminar haciendo algún adefesio—.

— Pero... señor, disculpe usted. El gerente debe estar muy ocupado en este momento —le contestó el vigilante, al que por estas tierras se le llama tan solo “*guachimán*”, tratando de parecer amable en lo que fuera posible, frente a tanta ira y ofuscación del recién llegado—.

— No me interesa si está ocupado o no. Él me conoce y con él es con quien quiero hablar. ¡Ahorita...!

Y, pues, claro que este gerente tenía que conocerlo, puesto que fue quien se fue hasta su casa para dizque garantizar ante él, personalmente, a todos sus veinte trabajadores para que les dieran servicio de pensión, desde el desayuno hasta la merienda —.

— En ese caso... espere aquí señor. Voy a anunciarle su presencia en este mismo momento —el vigilante no necesitó preguntar a quién debía anunciar, porque lo conocía de sobra, ya que, igual que el resto de sus compañeros de trabajo, recibía pensión en la casa del ahora iracundo reclamante—.

Luego de un lapso muy pequeño, el mismo vigilante regresó para decirle que pase al despacho del gerente, porque éste lo estaba esperando, ante lo cual, sin siquiera tratar de agradecer esta amabilidad, entró a dónde le indicaron hecho una furia. Al verlo en ese estado de ánimo, con el fin más que todo de tranquilizarlo, aquél le dijo en el tono más afable posible:

— Qué le trae tan temprano por acá mi querido amigo Carlitos. Pero, sea lo que fuere, estoy para servirle. Así que, dígame de qué se trata con toda confianza.

— ¡De lo que se trata es de que usted tiene en esta empresita e'mierda, a puros atrasadores! Así que yo le pido ahorita mismo... ¡que los despida a todos!

A pesar de que el gerente notó a Juan Carlos Mendoza muy ofuscado, arriesgándose, le pidió que le dijera el motivo.

— Como usted supondrá, para despedirlos a todos, debo conocer el motivo en el cual yo pueda sustentar una decisión de consecuencias tan graves, no sólo para los trabajadores sino para la misma empresa.

— Qué... ¿acaso cree que no es suficiente motivo que le hayan empuñado a mi mujer? —respondió casi de

inmediato Juan Carlos más ofuscado todavía y, según podía verse, dispuesto a lavar la afrenta hasta con sangre—.

— Pero... en ese caso, no pueden ser pues, todos mis empleados como usted los culpa, sino sólo alguno de ellos. ¡Cómo ya pues va a ser posible, que todos mis empleados hayan embarazado a su mujer! ¡Eso es hasta inaudito!

— Mi mujer me ha confesado anoche que los causantes de su preñez son los trabajadores de esta empresa, no me ha dicho cuál de ellos en particular. Así que, insisto, ¡despídalos a todos, para que ya no estén empuñando a más mujeres en este pueblo!

DE CANTANGE A LONGOTEA

Los que no querían realizar la penosa subida hasta el abra de Jelic, para de allí hacer esa bajada sin fin hasta el temple, donde les esperaban los zancudos para inocularles la terciana, hacían el camino primero de Huacapampa a Macas, de allí a Lucmapampa, para de allí, agarrar la suave abra natural camino al Utco, y... ya estaban en El Limón; pero, de los zancudos de Balzas no se libraban ni los unos ni los otros.

Cuentan que Medardo Caro Rojas, de Huacapampa, para irse al temple, le gustaba hacerlo por el camino de Jelic. El caso era que, como él se iba montado en su mula mohína, su hijo Roberto Caro Aliaga, que tenía que acompañarlo por ser el mayor de sus hijos, para que dizque “*aprenda a hacerse hombre*”, su padre le obligaba a seguirlo a pie, al trote de la mula, igual en la ida que en la vuelta.

— ¡Carajo! —se decía para sus adentro el pobre coloradito Roberto de 12 años de edad— ¿por qué le habrá hecho taita Diosito a mi papá Medardo más borrico

que a la misma mula que monta? Me revienta que en vez de hacer el viaje por Macas tengamos que venir por Jelic.

— Apúrate so grajo. Que ahora nomás tenemos que llegar hasta Púsac para mañana de madrugada pasarnos de allí a Longotea. Pero, antes, vamos a agarrar unos cuantos burros mostrencos en la playa de Balzas, para venderlos en Longotea a los que hacen el viaje de allí hasta Uchiza.

Manos a la obra, lograron agarrar cuatro burros machos y una burra madre con su burrito todavía de leche. A todos ellos los amarraron con sogas de cabuya y Roberto tuvo que arrearlos siempre detrás de la mula mohína de su padre, camino a Púsac donde tomarían posada para descansar.

— Papá, no pue me subieras al anca de tu mula. Mis pies ya se revientan del cansancio —le suplicó Roberto a su padre—.

— Pero... ¡pedazo de zaccifáz! ¿y por qué no te subes a uno de los burros que arreas? —le apostrofó de mala manera éste—.

Eso quiso hacer Roberto con sus doce años de experiencia, pero las veces que, encaramado en un poyo del camino esperó que pasara el burro que eligió para montarlo, por parecerle más manso que los demás, al saltar sobre su lomo, éste lo evitó a la carrera y el pobre niño terminó cayendo, sin más remedio, como fardo al suelo. Al tercer intento fallido, se percató que su padre montado en su mula, lo estaba observando con mucha

atención. Al verificar que por sus medios no podría cabalgar al burro, en lugar de ayudarlo se acercó y le resonó de este modo:

— Atatay ya pue este adefesio de hijo que tengo, ni montar al pelo a un burro puede. Mejor so pedazo de grajo, sigue caminando no más.

Como verificó que su progenitor no le ayudaría a montar a uno de los burros que él arreaba, atados en columna a la montura de la mula de su padre, se resignó a irse arreando los mostrencos hasta Púsac. Allí, tan pronto tomaran posada, descansaría de todos los trajines que hasta ese momento haría.

Sin embargo, cuando llegaron a Púsac no encontraron en ningún lado posada para pasar la noche, en razón de lo cual tuvieron que dormir a la intemperie. Allí, el cansancio pudo más que todas las incomodidades y se quedó dormido como una piedra. En sus sueños se vio llegando a Longotea, montado muy orondo en uno de los burros que lograron coger en las playas del río Marañón, pero allí sí que hacía frío.

Sin que pudiera encontrar alguna explicación a lo que estaba sucediendo, vio a su padre que se iba delante de él montado en su mula mohína bien abrigado con un poncho de lana, en tanto él se iba tiritando de frío sólo con su camisita de tocuyo. Hasta que llegaron a una cueva que por ahí encontraron en uno de los bordes del camino y su padre decidió que allí pernoctarían. Vio a su padre que des-aperaba su mula, y que con las caronas hacía su

cama. Vio igualmente que se tapó con su poncho de lana y que comenzó a dormir muerto de cansancio y hasta oyó que roncaba rítmicamente.

¿Y él? No tuvo caronas para hacer su cama porque vino montando al burro mostrenco sólo al pelo. No tenía poncho de lana para taparse y en ese bendito Longotea hacía un frío de los mil diablos. Cómo anhelaba estar en el calor del temple o en el clima fresco de Púsac, donde no hubiera necesitado tener con qué abrigarse para dormir... En eso, vio una especie de luz de un candil de color azulado que entraba por la entrada de la cueva. Vio a una sombra que se acercaba a su padre don Medardo Caro Rojas y que éste se despertó al percatarse de lo que estaba ocurriendo. Y como su padre era hombre recio y que no se asustaba con nada, escuchó cuándo éste le pregunta con su vozarrón de siempre:

— Por la Virgen Santísima y los sesenta mil demonios... y vos, ¿quién diablos eres? —para después agregar ya un poco asustado—. ¡Eres de esta... o de la otra!

— Eso a vos no te importa.

— Y... qué es lo que quieres de mí so adefesiera.

— Quiero llevarme a tu hijo Roberto, porque tú lo tratas muy mal. Fíjate que el pobre coloradito está tiritando de frío en tanto tú estás más abrigado que esos a los que les da la terciana en el temple.

— ¿Y se puede saber a dónde lo quieres llevar?

— Eso a vos no te importa.

— Como no me va a importar si es hijo de mis infundias...

— No parece que fuera hijo de tus infundias. Lo tratas peor que a tu mula.

— Para que se haga hombre lo hago. Sólo por eso...

— Entonces como a tu hijo ya lo has hecho un hombre, te llevaré a vos. ¡Yo soy el Alma de Longotea!

Entonces vio con cierta alegría reprimida que su padre se caía “*putum*” al suelo patas arriba, botando espuma por la boca. En eso estaba, cuando lo despertó su padre por la madrugada, para reiniciar el viaje a Longotea. Recién allí se dio cuenta que, como esa noche no consiguieron posada en Púsac, tuvieron que dormir al aire libre debajo de una planta de mango.

“La Chaposa”,
del autor
Wilson Izquierdo González,
se terminó de imprimir
en la ciudad de Cajamarca,
Perú, el ...de... de 2022,
en los talleres gráficos
de la imprenta
.....

